

EVARISTO MARTÍN NIETO

NOMBRES
DE
JESUCRISTO

ESCUELA BÍBLICA
DE
TORRE DEL MAR

Evaristo Martín Nieto

NOMBRES
DE
JESUCRISTO

ESCUELA BÍBLICA DE TORRE DEL MAR

Primera Edición: ENERO 1997

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de Torre del Mar

I.S.B.N.: En trámite

Depósito legal: MA-.../97

Reservados todos los derechos, queda prohibida la reproducción total o parcial de este ejemplar



ESCUELA BÍBLICA DE TORRE DEL MAR

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --
C/ San Martín nº 2
29740 TORRE DEL MAR (Málaga)

PRESENTACIÓN

Un buen camino para alcanzar una aproximación al misterio de Jesucristo es el estudio de los nombres con que le designan las Sagradas Escrituras.

Si a las personas se las conoce por su nombre, en el caso de Jesús esto sirve, además, para conocer lo que hay más allá de su simple apariencia física, para adentrarnos en la insondable intimidad de su persona. Porque muchos de sus nombres son hebreos y en Israel, como en general en los pueblos antiguos, el nombre no es una fórmula convencional o una mera abstracción, sino la definición y la expresión de la esencia de la persona, su equivalencia total. La persona es lo que el nombre significa. Por eso conocer el nombre, es conocer en profundidad la naturaleza y la función de la persona.

Los diversos nombres y títulos referidos a Jesucristo -se han llegado a contar más de ciento sesenta- son como unas pinceladas que marcan diferentes aspectos de su personalidad, de tal modo que, entre todos ellos, nos dan un retrato acabado de él, si es que a él se le puede retratar de manera perfecta con pinceles humanos, aunque estos pinceles estén dirigidos por el Espíritu que viene de lo alto.

Este breve trabajo, resultado de unas cuantas clases impartidas en la Escuela Bíblica de Torre del Mar, es un pequeño racimo de nombres y de títulos cristológicos, seleccionados de entre los que nos parecen de mayor

importancia desde el punto de vista teológico y espiritual.

Esta es una de las respuestas, muy modesta por cierto, de la Escuela Bíblica al Proyecto Pastoral Diocesano 1.996-2.000 que, para el curso 1996-97, nos señala el estudio de la Sagrada Escritura y un mayor acercamiento a Jesucristo, centro de gravitación de la misma.

EL HIJO DE MARÍA

Jesús nació reinando Herodes (Lc 1,5). Su madre tendría, al darle a luz, de 15 a 17 años. San José, unos 25, Juan Bautista comenzó su apostolado en el año 15 del reinado del emperador Tiberio (Lc 3,1) que iba de octubre del año 27 a octubre del 28 d.C. Jesús inicia su vida pública a los 30 años (Lc 3,23). Herodes murió en el año 4 a.C. De todos estos datos se deduce que Jesús nació del año 6 al año 4 a.C. Esta incongruencia se debe al error que cometió Dionisio el Exiguo en el cómputo que hizo de los años para fijar la fecha de la Pascua, por encargo del Papa Juan I, en el año 525.

Jesús "nació de una mujer" (Gal 4,4). Su concepción fue obra del Espíritu Santo. Por eso, el hijo de María es también "hijo del Altísimo" (Lc 1,35). Es Dios y hombre, hombre mortal y Dios eterno. Hombre con todas las de la ley, igual a todo hombre, con los mismos valores y con las mismas debilidades, sujeto a todas las grandezas y ruindades de la naturaleza humana, en todo igual a nosotros, excepto en el pecado.

Era de Nazaret (Lc 1,26), su origen fue tan común, como el común de los mortales. Se llama simplemente Jesús, sin el añadido del nombre de su padre, como era costumbre cuando se trataba de una familia conocida, como es el caso de "Simón hijo de Juan". Jesús es simplemente Jesús, el Jesús "de Nazaret", para distinguirlo de los otros Jesuses (Jn 19,19; He 2,22). Jesús y María son dos nombres helenizados de "*Jehosua*" y "*Myriam*".

Los evangelios le designan unas veces como "el hijo de María" (Mc 6,3; Mt 13,55) ,otras como "el hijo de José" (Jn 1,45; 6,42; Lc 4,22) y otras como "el hijo de María y de José"

(Jn 6,42). Esto se debe a que el pueblo desconoce la concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo. Puede ser también que cuando se dice que es el hijo de María, San José ya hubiera muerto, pues es muy probable que muriera muy pronto. En todo caso San José no es padre real, sino un padre aparente y legal: "Se le tenía por el hijo de José" (Lc 3,23). "Se le tenía", pero, en realidad, no lo era.

El evangelio dice que Jesús tenía 4 hermanos, Santiago, José, Judas y Simón y otras hermanas cuyos nombres no se dicen (Mt 13,55). La perpetua virginidad de María no hace posible que estos hermanos sean hijos naturales de María y de José. Por eso tradicionalmente, a partir de San Jerónimo, se ha interpretado la palabra "hermanos" como "parientes". Se ha dicho también que José era viudo y que fue a su segundo matrimonio con María llevando esos hijos de su anterior matrimonio. Muchos autores protestantes y algunos católicos dan a la palabra hermano (*adelphos*) el sentido gramatical y entienden que se trata de verdaderos hermanos de Jesús, hijos de María y de José, salvaguardando, como es natural la concepción virginal de Jesús. Eso mismo afirmaban algunos autores de la antigüedad, tales como Hegesipo y Tertuliano. Parece que las relaciones de Jesús con estos hermanos no eran del todo buenas (Jn 7,3-5).

De su vida en Nazaret no sabemos nada, lo que indica que transcurrió como la de los demás nazarenos. En sus primeros años fue educado por su madre y luego por José que le instruyó en la Torá (la ley) y le enseñó un oficio, cosa que hacían todos los padres, pues los rabinos decían que "el que no enseñe a su hijo un oficio manual, le está enseñando a robar". El oficio de José era el de "*tekton*" (Mc 6,3), palabra que puede designar un carpintero, un picapedrero, un albañil

o un herrero, todo a la vez. Jesús era, como José, un "tekton". Y como Nazaret era una ciudad muy pequeña, de unos 200 ó 300 habitantes, seguramente Jesús estuvo trabajando en la reconstrucción de Séforis, a unos 5 Km de Nazaret, llevada a cabo por Herodes Antipas para convertirla en la capital de Galilea.

Una pregunta: Por qué Jesucristo dedica treinta años a su vida privada y sólo tres a su vida pública? No podría esto significar que lo ordinario y lo común, la vida en familia y el quehacer diario, como cumplimiento del deber y como fuente de subsistencia, es más importante que lo singular y lo extraordinario?

EL HIJO DE DAVID

Jesús es de Nazaret, pero nace en Belén (Lc 2,11), tal y como lo había anunciado el profeta Miqueas (Miq 5,1-2). De ello tenían los judíos clara conciencia: "El Mesías debe provenir de la familia de David y proceder de Belén, la ciudad de David" (Jn 7,42). Esta doble patria pone de relieve su doble origen. Un origen humano (Nazaret) y un origen teológico (Belén), como hijo de María y como hijo de David. Su nacimiento en Belén puede o no tener un valor histórico, pero lo que ciertamente tiene es un valor teológico.

Para ver realizadas en él las esperanzas mesiánicas tenía que ser del linaje de David (Rom 1,3; Mt 1,1) y nacer en Belén, la ciudad de David.

En Jesús se realiza la profecía de Natán (2 Sam 7,13-16) que aseguraba la permanencia eterna de la realeza davídica. De hecho las gentes ven en Jesús la presencia triunfante del reinado de David: "Bendito el reino que llega de nuestro padre David" (Mc 11,10). Con la fórmula "hijo de David" (Mc 10,47) las gentes afirmaban que Jesús era el Mesías, "el esperado", el que hacía realidad las promesas hechas a los antepasados. Esta idea no está ausente en Lucas, cuando dice que Jesús al comienzo de su vida pública, tenía unos treinta años (Lc 3,23), los mismos que tenía David cuando subió al trono.

Jesús es "hijo de David" y a la vez "señor de David" (Mc 12,37; Sal 110,1), ejerce un señorío que está de acuerdo, más que con un rey glorioso, con un siervo doliente, pues conquista su reinado a través de la cruz. Al triunfo y a la felicidad sólo se llega a través del sacrificio y del sufrimiento. Al camino de la gloria se llega por el camino del calvario.

EL MESÍAS

El mesianismo y las profecías mesiánicas

El hijo de David estaba identificado en Israel con el Mesías. Las gentes se hacían indistintamente estas preguntas: "No es este el Mesías?" (Jn 4,29;7,40) y "No es este el hijo de David?" (Mt 22,23).

Mesías (hebreo) significa "ungido" (en griego "Cristo"). Este es el título cristológico por excelencia, en el que convergen todos los demás títulos y nombres de Cristo. En el A.T, se atribuía al rey "el ungido del Señor" (2 Sam 19.22) y, después del exilio a los sacerdotes. De ahí salió la idea de un "Mesías regio" y de un "Mesías sacerdotal".

Israel interpretó el mesianismo como la gran actuación de Dios en la historia humana que le daría, en su calidad de pueblo elegido, el protagonismo en el concierto universal de todos los pueblos de la tierra.

El Mesías daría cumplimiento a todas las profecías sobre un futuro de victoria, de bienestar y de prosperidad: la profecía del protoevangelio (Gn 3,15) según la cual la descendencia de Eva (el Mesías) aplastará la cabeza de la serpiente; la de Jacob (Gn 49,10), sobre aquel a quien pertenece el cetro y el bastón de mando de Judá; la de Balaam acerca de la estrella de Jacob y del cetro de Israel (Num 24,15-24); la de Natán que garantizaba la perpetuidad de la dinastía davídica (2 Sam 7,11-7,11-17); la de los salmos reales referidos, en un segundo plano, al Mesías futuro (2, 20, 21, 22, 45, 72, 89, 100, 110, 132); la del Emmanuel (Is 7,14); la del niño emperador, príncipe de la paz (Is 9,5-6); la del vástago que brotará de las raíces del trono de Jesé (Is 11,1-9); la del niño que nacerá en

Belén (Miq 5,15); la de "el señor-nuestra-justicia", el descendiente legítimo de David (Jer 23,5-6); la del cedro magnífico en el monte sublime de Israel (Ez 17,22-23); la del pastor ideal cuyo prototipo fue siempre David (Ez 34,23; 37,24); y tantas otras profecías que nos hablan del paradisiaco reinado del Mesías, la realización de la utopía bíblica, el mundo futuro de la justicia y de la felicidad (Is 30,23; 32,16; 42,1-4; 45,8; 65,20-25; Jer 15,16; Zac 9,8; Am 9,13; Jl 4,8 etc).

Jesús es el Mesías

Sobre si Jesús era o no el Mesías había "división de opiniones" (Jn 7,43). Una opinión generalizada, conocida como "el secreto mesiánico", sostenía que el mesías era un personaje misterioso que Dios tenía escondido y que se presentaría de repente, sin saber su origen: "Cuando llegue el Mesías, nadie sabrá de donde viene" (Jn 7,27). Por tanto, Jesús no puede ser el Mesías, pues se conoce su origen: "Este es Jesús, el hijo de José. Nosotros conocemos a su padre y a su madre" (Jn 6,42). Otros proclamaban que el origen del Mesías, no sólo no era desconocido sino que, por el contrario, era bien conocido: "No dice la Escritura que el Mesías tiene que venir de la estirpe de David, y de Belén, el pueblecito de donde era David?" (Jn 7,42-43). "El Mesías no puede venir de Galilea" (Jn 7,41). Y Jesús es de Galilea (de Nazaret). Por consiguiente, Jesús no es el Mesías.

Unos y otros, por un razonamiento opuesto, llegan a la misma conclusión y, aunque el razonamiento parece lógico, la conclusión es falsa. Es verdad que el Mesías estaba escondido en el cielo y "ha bajado del cielo" (Jn 6, 41), tiene un origen desconocido y por eso es el Mesías; y es verdad que ha nacido en Belén y por eso es también el Mesías.

Cuál fue la postura de Jesús?. En el diálogo con la Samaritana afirma que es el Mesías: "La mujer le dijo: Cuando venga el Mesías nos lo aclarará todo. Jesús le dijo: Soy yo, el que habla contigo" (Jn 4,26). Lo acepta y lo proclama en el diálogo con el Sumo Sacerdote: "Eres tú el Mesías, el hijo del Bendito? Jesús le dijo: Yo soy" (Mc 14,61). Los embajadores del Bautista le preguntan si él es el que ha de venir, es decir, el Mesías, y esta es la respuesta: "Decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia el evangelio a los pobres" (Mt 11,4-6). Eso es lo que tenía que hacer el Mesías, él lo hace, luego es el Mesías. En otras ocasiones acepta que es el Mesías, pero no quiere que eso se divulgue (Lc 4,41; Mt 16,20), debido al falso concepto, terrenal y reivindicativo, que el pueblo tenía del mesianismo.

Testimonios sobre el Mesías

Que Jesús es el Mesías está confirmado por un testimonio múltiple. El testimonio de las Sagradas Escrituras, del que el mismo Jesús echa mano: "Escudriñad las Sagradas Escrituras; ellas dan testimonio de mí" (Jn 5,39). Jesús es el esperado de Israel (Jn 1,45). En él se cumplen las profecías del A.T.: el sentido espiritual de la figura de Jonás (Jn 2,19), de la serpiente levantada en el desierto (Jn 3,14-15) y del maná bajado del cielo (Jn 6,48). Las actitudes, los gestos y las palabras de Jesús son el cumplimiento de las Sagradas Escrituras (Jn 2,17; 13,18; 17,12; 19,24.28.36-37). El Padre da también testimonio de Jesús (Jn 5,31.32.37; 8,40). Su testimonio más explícito lo hizo en el bautismo (Mc 1,11) y en la transfiguración (Lc 9,35), pero con esa misma fuerza lo

encontramos en Jn 12.28.

El primer testimonio, que aparece en el evangelio, es el del Bautista (Jn 1,7-8): Jesucristo es la luz y el Bautista es el testimonio de la luz. "El testimonio del Bautista es este: El Espíritu Santo descendió sobre él" (Jn 1,32). Un testimonio fundamentado en su visión personal: "Yo vi y doy testimonio de que este es el hijo de Dios" (Jn 1,34). Jesús acudirá a este testimonio (Jn-5,33).

El mismo Jesús da un testimonio doble de sí mismo: el de los milagros y el de los discursos. San Juan dice que ha narrado unos cuantos milagros "para que creáis que Jesús es el Mesías, el hijo de Dios" (Jn 20.31). Los milagros son "obras" que él hace en el nombre y con el poder del Padre: "Si no me creéis a mí, creed a las obras" (Jn 10,38). El testimonio que da con sus palabras (Jn 1,18; 3,11; 4,26.39) no es admitido por los judíos: "Tu das testimonio de tí mismo; luego tu testimonio no es veraz" (Jn 8,13). Jesús les contesta: "Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es veraz, porque sé de donde vengo y adonde voy" (Jn 8.14). Jesús viene del Padre y su testimonio es el mismo que el del Padre: "Yo doy testimonio y el Padre, que me ha enviado, da también testimonio de mí" (Jn 8,18). El testimonio, que el Padre da de Jesús, "es verdadero" (Jn 5,32). Por tanto el testimonio de Jesús es también verdadero, pues son dos testimonios unánimes, y según la ley, el testimonio de dos es verdadero (Dt 17,6; 19 15; Jn 8917).

Existe, además, el testimonio de los apóstoles: "Jesús es el Mesías del Señor" (Lc 2,11) "Tú eres el Mesías" (Mc 8.29). "Dios ungió con el Espíritu Santo y llenó de poder a Jesús de Nazaret" (He 10,38). Tras el acontecimiento pascual, la iglesia naciente confiesa que Jesús es el Mesías: "Dios ha constituido

Señor y Mesías a este Jesús que vosotros habéis crucificado" (He 2.36).

Fundamentos mesiánicos

La doctrina sobre el Mesías y el mesianismo tiene tres fundamentos básicos.

Fundamento antropológico: El hombre desea la felicidad, la persigue, quiere la transformación del mundo, el cambio social, pasar de una sociedad injusta a una sociedad justa y solidaria, regida por el mandamiento del amor.

Fundamento teológico: El hombre, por sí solo, no puede alcanzar ese estado de justicia, de paz y de bienestar. Necesita del poder de Dios. Dios tiene que mandarnos un representante suyo, un lugarteniente revestido de poderes divinos, un Mesías dotado de carismas celestiales.

Fundamento ético: El hombre, por su parte, tiene que poner algo o tiene que poner mucho. Dios no salva al hombre sin el hombre, sin la colaboración del hombre. Pero el hombre es esencialmente pecador, está radicalmente marcado por el pecado ya desde su origen. Se hace necesaria una actuación de Dios en el corazón del hombre para renovarle por dentro y hacerle capaz de colaborar en la construcción del mundo nuevo. El hombre tiene que despojarse de su agresividad y de su egoísmo y esto sólo es posible mediante un nacimiento nuevo por medio del Mesías de Dios.

La realización de ese mesianismo está siempre de actualidad, y hoy, tal vez, más que nunca. Hoy hay muchos pueblos aplastados y oprimidos, muchos millones de seres humanos, "los heridos de la vida", que se mueren de hambre

o son víctimas de la guerra y de las persecuciones, que necesitan, al igual que Israel en otro tiempo, mantener viva la esperanza en un futuro mejor, en un mesianismo y en un mesías liberador que acabe con tanta desventura. Hay que tener fe en la fuerza liberadora de Jesús de Nazaret, el Mesías de Dios.

EL REY

El Mesías regio

El Mesías tenía que ser rey. Así estaba anunciado (1 Cron 17,11-4). El mesianismo regio concibe al Mesías como un rey poderoso que aniquilará a los enemigos de Israel e inaugurará la era de una paz sin fin. El Mesías será el liberador, el salvador nacional y político y, al mismo tiempo, el dirigente espiritual de Israel, soberano del mundo: "A él afluirán todos los pueblos, vendrán naciones numerosas" (Miq 4,2). "El será grande, hasta los confines de la tierra" (5,4). En su reinado tienen cabida y ocuparán ese espacio todas las naciones.

En realidad el Mesías-Rey será un Virrey, el lugarteniente de Dios, encargado de implantar en el mundo el reinado de Dios. El Mesías-Rey está presente, aunque en un segundo plano, en los salmos reales (2, 18, 20, 21, 45,72, 89, 101, 110, 132). Fue anunciado por Natán (2 Sam 7,5-16), bautizado por Isaías como un niño con la corona de emperador (Is 9,1-6), por Ezequiel como un príncipe (34,23), por Miqueas como un pastor, portador de la paz (5,1-5), por Zacarías como un rey justo y victorioso (9,9). En su calidad de rey será un mediador entre Dios y los hombres, un jefe carismático, lleno del Espíritu de Yavé y un personaje sagrado, investido de poderes divinos especialmente asistido y protegido por la Divinidad.

Ese fue Jesús de Nazaret, "el hijo de Dios, el rey de Israel" (Jn 1,49), tal y como al inicio de su vida lo proclamó Natanael y él mismo acepta. En su vida pública no quiso dejarse proclamar rey por las multitudes entusiasmadas, tras la multiplicación de los panes (Jn 6,15), pues aquel triunfo humano iba envuelto en un puro clamor de materialismo y de

codicia. Al final, cuando ha llegado la hora de su humillación suprema, acepta y afirma su realeza, pues ahora es cuando cumple la misión del Siervo.

Hace su entrada triunfal en Jerusalén como rey (Mt 21,5), como estaba predicho: "Alégrate, hija de Jerusalén, porque tu rey viene a tí, justo y victorioso, humilde y montado en un asno" (Zac 9,9). "Bendito el reino que viene de nuestro padre David" (Mc 11.10).

El IV evangelio describe, en forma de parodia, la realeza de Jesucristo. Es proclamado rey: "Tú eres rey? - Así es, yo soy rey" (Jn 18,37). Por eso ha venido al mundo, para ser rey. Es investido como rey, con la corona de espinas y el manto de púrpura (Jn 19,1-3). Es presentado al pueblo como rey (Jn 19,14), es aclamado por el pueblo (Jn 19,15) y entronizado en la cruz con el título de "Jesús nazareno rey de los judíos" (Jn 19,19). Jesús ha muerto por ser rey.

Según los Hechos (2,36) y Filipenses (296-11), es constituido rey en el momento de su resurrección y de su exaltación gloriosa, mientras que según Juan desde el momento que es clavado en la cruz.

Naturaleza del reino

Su reino no es de este mundo (Jn 18,37), porque ha venido del cielo, pero, a la vez, sí es de este mundo, porque se ha establecido y tiene que llegar a su plenitud en este mundo. Jesucristo no hizo otra cosa que predicar el reino (Mc 4,11; Mt 13,11). Un reino que es el centro de gravitación de la Nueva Noticia y que es, a la vez, temporal y político, que exige cambios substanciales en lo social y en lo político y un reino espiritual que da la vida, una vida que trasciende este mundo,

pues es eterna. En lo temporal y en lo humano postula la igualdad, la libertad, la fraternidad y la justicia. Cuando esto llegue a ser una realidad, habrá llegado la culminación del reino.

Entonces el Señor reinará sobre la tierra. "En aquel día el Señor será único y único será su nombre" (Zac 14,9). "El Señor reinará eternamente y su reino no tendrá fin" (Lc 1,32-33). "Cristo entregará el reino a su Padre: "Cuando todo le esté sometido, también el Hijo se someterá al Padre, que lo sometió todo a él, para que Dios sea todo en todas las cosas" (1 Cor 15.28). Pero esto será al final, en la parusía. El reino, que vino del más allá, se perpetuará en el más allá. Mientras llegue ese final, los cristianos pertenecen a ese reino de Cristo (Col 1,13), pero eso no les exime de estar sometidos a los reyes de este mundo, aunque esos reyes sean paganos, gusten o no gusten: "Sed sumisos a toda autoridad humana por amor al Señor; al emperador como a soberanos, los gobernadores como a delegados suyos... Respetad a todos, amad a los hermanos, reverenciad a Dios, honrad al rey" (I Pe 2.14.17).

El cumplimiento de los deberes religioso no dispensa de cumplir los deberes sociales, antes al contrario, obliga a cumplirlos con todo rigor.

El reino proyectado eternamente por Dios, anunciado en el A.T, e inaugurado por Jesucristo, tiene que ser desarrollado y llevado a su plenitud por obra de los hombres, con la ayuda del Espíritu Santo. Para un cristiano el compromiso de luchar por el reino es algo ineludible.

EL PROFETA

El Mesías tenía que ser profeta. La figura del profeta adquiere en 1a Biblia y en el judaísmo antiguo la máxima importancia. Referida al Mesías, está en el origen de los títulos cristológicos.

El profeta, el primero de todos, es Moisés, referente obligado de todos los profetas auténticos. Pero, entre todos los profetas, Dios había prometido un profeta, cortado a la medida de su voluntad, similar a Moisés, para ser el conductor del pueblo y transmitir con absoluta fidelidad el mensaje de Dios: "Yo le suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande" (Dt 18,18). En este texto se ha visto, desde la primitiva comunidad cristiana, la figura de Jesús, el profeta por antonomasia (He 3,22; 7,37). Así lo proclamaba la gente: "Este es el profeta que tenía que venir al mundo" (Jn 6,14; 7,40; 9,17).

El mismo Jesucristo reivindica para sí el título de profeta, cuando dice a sus paisanos: "Sólo en su tierra, entre sus parientes, y en su casa, desprecian al profeta" (Mc 6,4; Jn 4,44). Jesucristo, en su calidad de profeta, tenía que morir en Jenusalén, como todos los profetas: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas" (Lc 13,34). Cuando le aconsejan que se vaya de Jerusalén, porque Herodes le perseguía a muerte, él dice: "No puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén" (Lc 13.35) y no se va.

Jesucristo actuó siempre como profeta: l) El profeta es la voz de Dios. Y eso fue él, el enviado del Padre, que habló y actuó siempre en nombre del Padre, que cumplió la voluntad

del Padre. Todo lo que hacía, se lo vio hacer al Padre y porque el Padre lo quería. Nos dio a conocer los designios salvadores del Padre. No vino por su propia cuenta y riesgo, vino como embajador de Dios y para decir las palabras de Dios (Jn 3,34). Y para cumplir la misión que Dios le había encomendado (Jn 3,17; 5,36-38; 6,2). Cuando los discípulos reconocían que Jesús había venido al mundo como enviado del Padre, estaban reconociendo su mesianidad (Jn 16.27-30).

2) El profeta habla abiertamente, denuncia el presente y anuncia el futuro. Tan importante es lo que anuncian como lo que denuncian. Jesucristo habló con absoluta libertad (Jn 7,26), sin miedo alguno. Fue voz de los que no tienen voz. Proclamó con valentía el evangelio de los pobres y de los marginados. Ejerció la denuncia profética. Fustigó las injusticias sociales y proclamó la necesidad de un cambio social. Fue el gran defensor de los derechos humanos.

3) El profeta anuncia el futuro, un futuro en el que reinará la justicia, en el que todos los hombres y mujeres nos amaremos de la misma manera que él nos amó. Anuncia asimismo los acontecimientos futuros sobre su persona, su persecución y su muerte, lo que manifiesta que tenía una sabiduría divina, es decir, que era un profeta en toda regla: "Os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda lo creáis" (Jn 14,29; 13,19; Mt 16,4; 17,9; 20,17; Mc 8,31-32; 9,30-31).

Jesucristo se sigue presencializando en los profetas que siempre hay en la Iglesia, a través de los cuales continúa hablando al mundo, denunciando las estructuras sociales de pecado, proclamando la justicia, defendiendo los derechos conculcados de los pobres, de los marginados y de los oprimidos. Todos los cristianos debemos estar atentos y

prontos a escuchar esa voz de la Iglesia profética que no puede faltar nunca junto a la Iglesia institucional a veces como contrapeso de la misma.

EL HIJO DE DIOS

Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios. En el A.T. el título de "hijo de Dios" tiene una significación colectiva referida a Israel que, como pueblo elegido, es más de Dios que los demás pueblos y puede llamarse hijo de Dios, pero hijo adoptivo, no natural, como es Jesucristo. Se aplica también a algunas personas individuales (Si 4,10; Sab 2,13), particularmente al rey (y de manera singular a David) y quiere decir que Dios le ha elegido, le ha adoptado como hijo y le prodiga una especial asistencia y protección. Israel no pensó nunca en una filiación natural divina. Ni lo pensó, ni lo podía pensar, pues eso era incompatible con el monoteísmo que profesaba. Pero siempre creyó en una filiación divina singular en orden a la misión tan grande que tenía que llevar a cabo. El Mesías, como el rey futuro esperado y deseado, sería un hijo especialísimo de Dios dentro de la futura nueva alianza: "Yo seré para él un padre y él será para mi un hijo" (2 Sam 7,14).

Jesús nunca se atribuyó, de manera explícita, el título de hijo de Dios. Sin embargo provocó diversas confesiones sobre esta filiación suya esencialmente unida a su mesianismo. Y así tenemos la de Natanael: "Rabbi, tú eres el hijo de Dios, tú eres el rey de Israel" (Jn 1,49); la de Marta: "Sí, Señor, yo creo en tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido al mundo" (Jn 11,27); la de Pedro: "Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios" (Mt 14.33); la de las mismas gentes que quieren crucificarle: "Luego tú eres el Hijo de Dios" (Lc 22,70); el mismo Diablo, para provocar en él una manifestación espectacular, le llamó "Hijo de Dios" (Mt 4,3.6).

De modo que cuando la Iglesia primitiva atribuye este título a Jesucristo, no hace otra cosa que explicitar lo que se deriva claramente de su manera de actuar y de hablar. Jesucristo es el único que se atrevió a llamar "*Abba*" a Dios, cosa impensable en ningún judío. "*Abba*" (papá, papaito) juntamente con "*Imma*" (mamá, mamaita), es la primera palabra que el niño aprende a pronunciar y es la palabra más importante de cuantas pronunció Jesucristo, pues nos revela su naturaleza divina, con ella nos está diciendo que él es hijo natural de Dios.

Jesucristo en reiteradas ocasiones se identifica con su Padre Dios (Jn 10,30.38; 14,10.20; 17,21-23).

Nosotros también somos hijos de Dios, pero hijos adoptivos. Jesucristo siempre distinguió entre "mi Padre" y "vuestro Padre", y jamás dijo "nuestro Padre". El es el Hijo, con artículo y con mayúscula, el Hijo único (Jn 1,18) el Bendito, el predilecto (Mt 3.17), el Hijo del Altísimo (Mc 5,7), el Hijo del Bendito (Mc 14,61). Así lo testifica el Padre de manera bien solemne en el bautismo (Mt 3,17) y en la Transfiguración (Lc 9.35).

Este es el título por excelencia, el más significativo, pues nos manifiesta el misterio del Dios encarnado.

San Juan dice que ha escrito su evangelio con esta finalidad: "Para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn 20,31). En efecto, para tener la vida eterna, hay que creer que Jesucristo es el Hijo de Dios" (Jn 5,11).

Fue la experiencia de la resurrección de Jesucristo lo que hizo que la comunidad cristiana descubriera en este título la naturaleza divina de Jesucristo, el sentido cristológico del

salmo 2: "Nosotros anunciamos la buena noticia, la promesa hecha a nuestros padres. Dios la ha cumplido en nosotros, sus hijos, resucitando a Jesucristo, según está escrito en el salmo: "Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy" (He 13,33; Sal 2,7).

El Hijo de Dios se hizo hombre, asumió nuestra naturaleza para hacernos partícipes de la suya, tomó lo que es nuestro para darnos lo que es suyo, se hizo hermano nuestro para que nosotros nos hagamos hijos de Dios y para que, en consecuencia, mantengamos relaciones filiales con Dios y fraternales con los hombres.

EL SALVADOR

Jesucristo, en su calidad de "Hijo" y de "enviado" de Dios, es "el Salvador". Su nombre de JESÚS significa YAVÉ SALVA (Mt 1.21). Este título cristológico es neotestamentario. En el A.T. el único salvador es Dios. Nunca se dice expresamente que el Mesías fuera "el salvador". Sin embargo, en el N.T. este título se le aplica a Jesucristo ya desde el momento de su nacimiento: "Os ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor" (Lc 2,11). "Dios ha suscitado para Israel un salvador, Jesús" (He 13,23). Así lo proclama el himno de Zacarías: "Nos ha suscitado un poderoso salvador" (Lc 1,69).

Jesucristo es el salvador, porque protege y libera al pueblo; porque, con su muerte y resurrección, ha realizado la salvación del mundo; justamente porque ha resucitado es el salvador: "Dios lo ha ensalzado como salvador" (He 5.31). Jesucristo es nuestro salvador, porque "hemos sido justificados por su gracia y nos ha hecho herederos de la vida eterna" (Tit 3,6-7).

Dios sólo ha querido y quiere una cosa: "que todos los hombres se salven" (1 Tim 2,4). Jesucristo es un salvador universal, no racial y particularista. La proclamación de esta salvación universal está provocada por Jesucristo precisamente en un país extraño, en Samaría: "Aunque la salvación viene de los judíos" (Jn 4.22), quiere que sean unos extranjeros los que le proclamen como salvador de todos: "Nosotros mismos hemos oído y conocido que este es en verdad el salvador del mundo" (Jn 4,42). Dios, para que su voluntad salvífica fuera una realidad, envió a su Hijo, "nuestro salvador" (Tit 2,13), el cual vino a salvar a los pecadores (1 Tim

1,15), "a salvar lo que estaba perdido" (Lc 9,56). "Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él" (Jn 3,17). Así lo afirma el mismo Jesucristo: "Yo no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo" (Jn 12,47).

Todo lo que Jesucristo hace y dice tiene, como última finalidad, la salvación del mundo: "Digo estas cosas para que vosotros os salvéis" (Jn 5,34). Y todas sus obras son obras salvíficas. El evangelio no es otra cosa que "palabra de salvación" (He 13,26). Jesús es el verdadero, el único salvador, no lo son ni el emperador romano, ni los dioses paganos. Fuera de Jesucristo, no hay salvación posible: "No hay salvación en ningún otro, pues no se nos ha dado a los hombres ningún otro nombre bajo el cielo para salvarnos" (He 4.12). A lo largo de la historia se han presentado y se presentan, falsos salvadores, falsos profetas, embaucadores de las gentes.

Para que la salvación sea una realidad en nosotros hay que creer (He 16,30); la salvación es un don que Dios ofrece por puro amor (2Tim 1,9), que se obtiene por la fe (Rom 1,16; Jn 5.24; 20,31) y que tenemos ya -ya estamos salvados-, pero que no llegará a su culminación hasta la parusía, el día de la segunda venida de Jesucristo, en que tendrá lugar la salvación "definitiva" (Heb 9,28), la liberación integral, del pecado, del dolor y de la muerte. "Nuestra patria está en el cielo, de donde esperamos el Salvador, el cual transformará nuestro cuerpo lleno de miserias conforme a su cuerpo glorioso" (Fip 3,20-21).

Los cristianos nos sentimos salvados; sabemos que aquí estamos de paso y que caminamos hacia la patria verdadera; que aquí constituimos "una colonia de ciudadanos celestes" y

que ese derecho de ciudadanía ha sido un regalo que nos ha hecho Jesucristo, nuestro redentor y salvador. Un día seremos conducidos por él a esa patria eterna. Eso será al final, cuando nuestro cuerpo material sea transfigurado como lo fue el suyo, mediante la participación de su exaltación gloriosa, meta final de nuestra salvación. Mientras esperamos ese momento venturoso, tenemos el deber de ir adecuando nuestra manera de vivir a la de los que ya disfrutaban de la patria celestial.

EL REDENTOR

Redimir a alguien es salvarle, liberarle de la situación en que se encuentra, que puede ser de esclavitud, de opresión o de peligro. Es también rescatarle, comprarle, para que sea pertenencia propia. Redención, salvación y liberación son tres palabras sinónimas que vienen a significar prácticamente lo mismo.

La liberación de la esclavitud de Egipto, que Dios hace de Israel, pasó a ser el paradigma de la redención que culmina en la Alianza del Sinaí, mediante la cual Israel se convirtió en el pueblo particular de Dios (Ex 19,6). Fue una liberación sociopolítica y espiritual ,pues conllevaba la conversión moral del pueblo y el abandono de la idolatría y del pecado.

En la Biblia el único redentor es Dios. Dios es el redentor (*go'el*) de Israel porque lo creó como pueblo independiente y libre y porque a lo largo de la historia le liberó de múltiples peligros. Como redentor es invocado y aclamado (Job 19,25; Sal 19,14; 78,35; Is 41,14; 43,14; 44,6; 60,16; Jer 50,34).

El mesianismo futuro de carácter redentor y como consecución de la "liberación total" (Sal 130,7-8) y de la paz sin fin, fue una constante en Israel. Jeremías anuncia la Nueva Alianza como una liberación integral del pueblo que ya será de verdad absoluta pertenencia de Dios: "Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo..., Perdonaré su crimen y no me acordaré más de su pecado" (Jer 31,33-34).

A Jesucristo no se le llama nunca redentor. El único texto que refiere a Cristo el título de redentor, pero que no se le aplica, es este: "Nosotros esperábamos que él sería el

redentor de Israel" (Lc 24,21). El verdadero redentor es el Padre, y lo es por medio de Jesucristo, el cual viene a ser como "instrumento" del que el Padre se sirve para redimirnos. "Dios ha redimido a su pueblo" en la persona de Jesucristo (Lc 1,68). "Dios entregó a su propio Hijo por todos nosotros" (Rom 8,32), redimió al hombre mediante la muerte y la resurrección de Jesucristo, el cual "fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación" (Rom 4,25). Jesucristo muere para redimirnos, cumpliendo así la voluntad del Padre, pero lo hace de una manera voluntaria: "Se entregó a sí mismo por nosotros para redimirnos y hacer de nosotros un pueblo escogido, limpio de todo pecado y dispuesto a hacer el bien" (Tit 2,4).

La redención supone un rescate del pecado y de la muerte, una compra que Dios hace de nosotros "a un gran precio" (1 Cor 6,20), la sangre de su Hijo: "Sabed que habéis sido rescatados de vuestra vida estéril... con la preciosa sangre de Jesucristo" (1 Pe 1,18-19).

Dios, mediante la redención, nos ha concedido "el perdón de los pecados" (Ef 1,7), nos ha liberado "del poder de las tinieblas" (Col 1,13)9, "nos ha transportado al reino de su querido Hijo" (Col 1,14) y nos ha dado "una liberación eterna" (Heb 9,12). Para ello Dios hizo a su Hijo "pecado en lugar nuestro" (2 Cor 5,21), le envió "en nuestra carne de pecado" (Rom 8,3) para que, muriendo en la cruz, derrotara el pecado en su propia carne y a nosotros nos hiciera "en él justicia de Dios" (Rom 8,3).

La redención supone la liberación de todas las esclavitudes, espirituales y materiales, se refiere al hombre entero, al cuerpo y al alma, como individuo y como colectividad, y alcanzará su plenitud cuando la "redención de nuestros

cuerpos" (Rom 8,23) sea una realidad, es decir, cuando nuestros cuerpos sean gloriosamente transformados. De esta transformación gloriosa será también partícipe la creación entera (Rom 8,21)

San Pablo dice que "la Iglesia de Dios ha sido comprada con la sangre de Jesucristo" (He 20,28). Esto significa que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a él que nos ha comprado. La muerte de Jesucristo fue el supremo acto de amor que puede realizarse: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los que ama" (Jn 15,13). Así nos rescató, con su muerte y esto fue por puro amor. Y "si Jesucristo ha dado su vida por nosotros, nosotros también debemos dar la vida por nuestros hermanos". Esta es la consecuencia lógica a la que todos los cristianos deberíamos llegar.

EL UNIGÉNITO

Jesucristo es "el Unigénito" *-monoguenes-* el Hijo único de Dios (Jn 1,18). Está en el seno del Padre, a la manera de la esposa en el seno del marido (Dt 28,54-56) o el niño en el regazo de la madre (1 Re 3,20); como el discípulo amado en el seno de Jesús (Jn 13,23). "Esto significa la frase estar en seno del Padre; serle conjuntísimo, íntimo: estar en su consejo secreto, y, para abarcarlo todo en una sola palabra, serle consubstancial" (J. Maldonado).

Por estar en el seno del Padre, es el único que le ha visto. Según una antigua leyenda, nadie, en esta vida, puede ver a Dios sin dejar de existir. Así se lo dijo a Moisés el mismo Dios: "Mi rostro no puedes verlo. Nadie puede verme y quedar con vida" (Ex 33,20). De aquí nace el gran terror del hombre ante una posible visión de Dios. Por otra parte, la Biblia nos habla de unos hombres que vieron a Dios (Num 12,8; Gn 32,30; Is 6,1; Ez 1,1; Dan 7,9): Moisés, Jacob, Isaías, presenciaron teofanías envueltas en imágenes, pero no vieron a Dios. El hombre, impuro y material, no puede contemplar, con los ojos de la cara, la esencia inmaterial de Dios. Sólo la luz de la gloria hace posible que los bienaventurados vean a Dios tal como es.

Pero Jesucristo, Hijo único del Padre, por ser Dios como el Padre y existir eternamente en su seno, conoce la vida divina con visión intuitiva. La conoce también en cuanto hombre por la visión beatífica consecuencia de la unión hipostática. La conoce y nos la ha revelado: "Mi Padre me ha confiado todas las cosas; nadie conoce perfectamente al Hijo, sino el Padre y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera manifestar" (Mt 11,27). A este texto se le ha llamado 'la

perla de las palabras de Jesús'. Jesucristo es el único que conoce los misterios de Dios y Dios es también el único que conoce el misterio de Jesús. Esto quiere decir que los dos tienen la misma naturaleza, la misma sabiduría y el mismo poder, Jesucristo conoce todo lo divino y nos lo ha dado a conocer, en la medida en que nosotros tenemos la capacidad de conocerlo. Para eso vino al mundo, para revelar a Dios.

Dios sólo tiene un Hijo con el que está identificado en el Espíritu Santo, la Trinidad Augusta, la familia divina. "El predilecto" Y "el unigénito" (Mt 3,17; Mc 9,17; Lc - 9,35) vienen a significar la misma cosa. "Tú eres mi Hijo" (Sal 2,7) "Aquí está mi elegido en quien mi alma se complace" (Is 42,1; Mt 11,27). Cuando el Padre dice: "Este es mi Hijo, el amado" (Mt 3,17) está indicando que no se trata de un hijo cualquiera, como puede ser uno que cumpla su voluntad, sino de su Hijo único, "el resplandor de su gloria y la impronta de su ser" (Heb 1,3), de Jesucristo, "imagen de Dios invisible" (Col 1,15).

EL EMMANUEL

Jesucristo es el "*Emmanuel*", nombre que significa "Dios con nosotros", anunciado por el profeta Isaías.

Siria e Israel se aliaron contra Acaz, rey de Judá, el cual pidió ayuda a Teglath-Falasar, rey de Asiria, enviándole como presente, el oro, y la plata del templo, así como los tesoros de la casa real (2 Re 16,5-20). El profeta Isaías no está de acuerdo con esta decisión del Rey Acaz y le dice que no tenga ningún miedo y que confíe en Yavé, el gran defensor de Judá. Para dar seguridad al rey, Isaías le ofrece una señal, un milagro, cosa que Acaz rechaza. Entonces Isaías pronuncia esta profecía: "El Señor mismo os dará una señal. Mirad: La Virgen encinta da a luz un hijo, a quien ella pondrá el nombre de Emmanuel" (Is 7,14).

Es muy probable que Isaías se refiriera a la esposa de Acaz de la que iba a nacer Ezequías, el rey que garantizaría la continuidad de la dinastía de David. Pero en un segundo plano -y en sentido pleno- la profecía se refiere a la Virgen María que, sin dejar de ser virgen, dará a luz un hijo, tal y como lo vio la tradición neotestamentaria y lo confirmó San Mateo: "Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa "Dios con nosotros" (Mt 1,22-23).

Igual que Ezequías supuso la salvación de Judá, Jesús viene a realizar la liberación y la salvación del mundo entero.

Jesucristo es "*Emmanuel*", no sólo porque viene en nombre de Dios y para llevar a cabo la misión que le ha encomendado,

sino porque él mismo es Dios hecho hombre, "Dios con nosotros". El mismo Jesucristo así lo dijo: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). Esto quiere decir que tenemos asegurada su protección y su asistencia a lo largo de toda nuestra vida. Y si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? ¿Qué podemos temer de nadie?

EL "YO SOY"

Jesucristo es el "YO SOY" (Jn 8,24). Ese es su nombre, el que Dios se dio a sí mismo en el A.T. (Ex 3,14) El "EGO EIMI" de Juan equivale al "YAVÉ" del Éxodo. Jesucristo, al llamarse "YO SOY" está proclamando su identidad con Dios Padre. La definición de Jesucristo con el absoluto "YO SOY" afirma que el Dios del A.T. -YAVÉ: YO SOY- está presencializado en Jesucristo, el cual será reconocido como YO SOY cuando esté elevado en la cruz, lo que significa que la presencia salvífica de Dios hay que buscarla en el crucificado.

De este nombre, "YO SOY", se han dado diversas interpretaciones: El que es por sí mismo, el que tiene en sí mismo la razón de su existencia, el que es, el fiel, siempre el mismo, el que nunca falla; el que está en todo momento a nuestro lado con su protección y su providencia bienhechora,

Tres veces se proclamó Jesucristo como el "YO SOY" (Jn 8.24.28;13.19). Pero en el IV evangelio se proclama como el "yo soy" seguido de un atributo metafórico, siete veces:

1.- **Yo soy el pan de vida (Jn 6,35.41.48)**. Jesús, el pan de Dios (Jn 6,33), es la réplica del maná, el verdadero Pan (6,32), el verdadero alimento (6,55). El que coma este pan ya no tendrá hambre ni sed (6,35), como lo había dicho el profeta Isaías (49,10), Jesucristo sacia para siempre, tal y como quedaron saciados los que comieron el pan, que se multiplicaba porque era repartido (Jn 6,12).

2.- **Yo soy la luz del mundo (Jn 8,12; 9,5)**. La luz es el símbolo de Dios, el mundo de lo divino, en contraposición a los tinieblas que simbolizan al demonio, el mundo del pecado.

Sin luz no hay vida y Jesucristo nos da la vida, porque es "la luz de la vida" (Jn 1,4). Jesucristo es la fuente de toda vida, material y espiritual, y en su luz vemos la luz (Sal 36,10). Y como es la luz, puede dar la vista a los ciegos e iluminar la ceguera espiritual de todos los incrédulos (Jn 9).

3.- **Yo soy la puerta de las ovejas (Jn 10,7.9)**. Jesucristo es la puerta por la que los pastores de la Iglesia tienen que pasar para estar con sus ovejas, sólo desde Jesucristo, enraizados en Jesucristo, pueden pastorear como Dios manda. Es también la puerta por la que tienen que pasar las ovejas para entrar en el redil. Él es el único mediador, la única entrada que da acceso al redil de Dios.

4.- **Yo soy la resurrección y la vida (Jn 11,25)**. Resurrección y vida son dos términos equivalentes, prácticamente significan lo mismo. Se trata no de la vida presente, sino de la otra vida, de la eterna, la misma vida de Dios que Jesucristo ha venido a comunicarnos (Jn 10,10). El que está unido a Cristo por la fe, aunque pase por el trance de la muerte terrestre, pasará al reino eterno de la resurrección y de la vida que no acaba nunca.

5.- **Yo soy el Buen Pastor (Jn 10,11.14)**. Frente a los malos pastores del A.T. fustigados por los profetas Ezequiel (Cap. 34), Jeremías (23,1-6) y Zacarías (11,4-7), Jesucristo es el Buen Pastor, y lo es por dos razones fundamentales: 1) porque se entrega de tal manera al cuidado de sus ovejas que hasta da la vida por ellas; 2) porque conoce a sus ovejas y ellas le conocen a él; tan importante es que el pastor conozca a sus ovejas, como que su ovejas le conozcan a él; mal pastor el que no conoce a sus ovejas ni es conocido por ellas.

6.- **Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14.6)**. El hombre tiene la necesidad y la obligación de conocer el

camino que ha de recorrer en su vida para llegar a buen puerto, para cumplir de manera perfecta su misión en el mundo y para conquistar felizmente el destino eterno. En el A.T ese camino estaba trazado por la ley que había que cumplir (Sal 119). Ahora el camino es Jesucristo, el mensaje de Jesucristo que debe informar la vida del cristiano. Camino, verdad y vida son tres conceptos que forman una unidad estrecha y que configuran la revelación desde diversos aspectos que se complementan.

7.- **Yo soy la vid verdadera (Jn 15.1-5)**. En el A.T. la vid era el símbolo de Israel (Is 5,1-7). Ahora la vid es Jesucristo, lo que quiere decir que Jesucristo ocupa el lugar de Israel, que ha substituido a Israel. Esto significa que el nuevo Israel, la nueva comunidad cristiana, la Iglesia, está centrada en Cristo. Para que los sarmientos, los miembros de la comunidad eclesial, tengan vida y den fruto, tienen que estar injertados en la vid, estar en comunión con Cristo, pues fuera, o al margen de él, no hay vida, no hay salvación posible.

He aquí un conjunto de preciosas metáforas que nos adentran en el misterio de nuestra vida sobrenatural.

El pan da fuerza y vigor a la vida del Espíritu y nos hace seguir creciendo en ella.

La luz nos ilumina interiormente, destruye las tinieblas, nos torna translúcido, diáfanos, sinceros, auténticos.

La puerta nos introduce en la casa común del Padre, en el abismo insondable de su amor infinito.

La resurrección y la vida nos liberan del pecado y de la muerte, nos confieren la impecabilidad y nos hacen inmortales.

El buen pastor nos apacienta amorosamente en apacibles

pastizales, en las verdes praderas del paraíso eterno.

El camino, llano y recto, nos conduce directamente, con seguridad y sin tropiezos, a la patria prometida.

La vid nos hace producir uvas dulcísimas que serán luego el vino generoso del amor.

Jesucristo es "yo soy", "el que es" y nosotros somos "los que no somos", los grandes indigentes, siempre con la mano extendida pidiendo la limosna del ser y del seguir siendo.

EL HIJO DEL HOMBRE

El Antiguo Testamento

La frase aparece en el A.T. con varias significaciones. En los salmos designa al hombre ideal o simplemente al hombre: "Qué es el hombre para que te acuerdes de él; el hijo del hombre para que de él te preocupes?" (Sal 8,5). En Ezequiel (2,1.3.6; 3.1.10) se refiere al profeta, para que el profeta tenga siempre presente su condición humana y mortal.

Daniel tuvo esta visión: "En las nubes del cielo venía uno como hijo de hombre, al que se le dio poder, gloria e imperio y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder era un poder eterno que nunca pasará y su reino no será destruido jamás" (Dan 7,13-14). Se trata de un personaje celeste, más allá de toda limitación humana y terrestre, revestido de un dominio absoluto, imperecedero y universal, dotado de las insignias de una realeza eterna. La exégesis rabínica vio en este personaje al Mesías en relación con la profecía de Natán (2 Sam 7.14).

Esta interpretación mesiánica aparece sobre todo en la literatura apocalíptica. En el libro etiópico de Enoch se habla del hijo del hombre, creado en el principio, antes de todas las cosas, que vendría a recibir el señorío del mundo y a juzgarle. En el libro IV de Esdras aparece como el Mesías preservado y guardado por el Altísimo para los últimos tiempos.

Se ha dicho que el hijo del hombre se refiere a una colectividad, el Israel futuro, triunfante y glorioso, señor del mundo. Pero, más bien, se trata de un individuo que, en

personalidad corporativa, representa a Israel. Este problema es paralelo al del Siervo de Yavé que se refiere a Israel y al Mesías futuro.

El Nuevo Testamento

En el N.T. la expresión, referida siempre a Jesucristo, aparece 13 veces en el evangelio de Juan y 69 en los sinópticos. Jesucristo, con bastante frecuencia, se llama a sí mismo "el hijo del hombre". Es el único título que Jesucristo se da directamente a sí mismo y, además, es el único que se lo da. Hay sólo dos excepciones: Una vez es Esteban, el helenista, el que la emplea y seguramente como una réplica a Jn 1,51: "Veo los cielos abiertos y al hijo del hombre de pie a la derecha de Dios" (He 7,56). La otra, también en boca de helenistas: "Cómo dices tú que el hijo del hombre debe ser levantado en alto? Quién es este hijo del hombre?" (Jn 12,34).

Los textos del IV evangelio (lo mismo se puede decir de los Sinópticos) se pueden clasificar en tres grupos: 1º) Los que se refieren directamente a la muerte en cruz (Jn 3,14; 12,34; 8,28). 2º) Los que hablan de su manifestación gloriosa y de su función como juez y salvador del mundo, (Jn 1,51; 12,23; 13,31; 5,27; 9,35). 3º) Los que acentúan la naturaleza humana de Jesucristo, pero en estrecha comunión con la divina (Jn 3,13; 6,27.53.62).

Los textos del primer grupo se refieren a la muerte de Jesucristo y al carácter soteriológico de la misma. La salud espiritual, que de ella se deriva, está asegurada en el sentido tipológico de la serpiente que levantó Moisés en el desierto (Jn 3,14). La frase "sabréis que yo soy" (Jn 8,28) evoca el

nombre de Yavé (Ex 3,14). Los sinópticos abundan también en este sentido: "El hijo del hombre tenía que sufrir mucho... morir y resucitar" (Mc 8.31). "El hijo del hombre ha venido... a dar su vida como rescate por todos" (Mc 10,45; Cf Mt 17,9-12; 20,18; 26,45; Lc 9, 22; 22,12).

El judaísmo no pudo nunca pensar en un hijo del hombre expuesto a la muerte. Lo concibió siempre en un marco apocalíptico de triunfo y de juicio. Así se entiende la réplica de Jn 12,34 a las palabras de Jesucristo: El hijo del hombre no puede ser levantado en alto, es decir, no puede ser crucificado. Jesucristo cambia radicalmente el pensamiento judío. El hijo del hombre es el Siervo de Yavé y tiene que morir en la cruz.

Los textos del 2º grupo nos sitúan en los tiempos escatológicos. La glorificación de Jesucristo que es, en resumen, la manifestación esplendorosa de su divinidad, a través de su muerte en cruz, nos habla del triunfo definitivo y glorioso de Jesucristo con expresa referencia a su función de juez universal revestido de atributos reales. El mesianismo escatológico alimenta la esperanza de la intervención de Dios al final de la historia, como juez y como salvador del pueblo, a través de ese hijo del hombre, de ese Mesías misterioso que aparecerá entre nubes dotado de un poder divino sobre el mundo entero. En esa aparición gloriosa es también cuando el título de Hijo de Dios se manifestará con toda evidencia identificándose con el título de Hijo del Hombre.

Los textos del grupo 3º nos presentan al hijo del hombre lleno de gloria y de poder en el trono mismo de Dios, pero al mismo tiempo nos dicen que el hijo del hombre ha bajado del cielo y se ha dado en alimento a los hombres, y sigue estando en el cielo (Jn 6,27.62), es decir, el hijo del hombre es Dios y

hombre al mismo tiempo.

En todo caso hay que decir que no es nada fácil llegar al significado preciso de la frase "Hijo del hombre", una frase enigmática que no está explicada en ninguna parte del evangelio. Sin embargo, fue el título mesiánico preferido por Jesucristo. Por qué sería? Tal vez porque se refiere, al mismo tiempo, a su condición humana y divina. No creo que se trate de una expresión vulgar para indicar que él era un hombre cualquiera, uno como todos los demás, como parece que opinan los que traducen la frase así: "ese hombre" o "el hombre aquel".

Nosotros somos también, aunque con minúscula, "el hijo del hombre", es decir, hombres mortales poseedores de una naturaleza perecedera y hombres inmortales, partícipes de la naturaleza eterna de Dios.

EL SEÑOR

En el A.T. con la palabra "adonai" (señor) se designaba al rey y a Dios. Dios es las dos cosas: rey (Is 6,5; Sal 97,5) y señor (Miq 4,13; Sal 97,5) y lo es en grado sumo, es el Señor de los señores (Sal 136,3) y el Dios de los dioses (Dt 10,17). Es más, es el único señor: "Escucha, Israel, el Señor, Dios nuestro, es el único Señor" (Dt 6,4). Cuando, por respeto al tetragrama divino, los judíos no pronunciaban el nombre sagrado de Yavé, uno de los nombres, con que le designaban, era el de "Señor" (*Adonai*).

A Jesucristo los discípulos le llamaban "Señor", con lo que estaban proclamando su divinidad, y él lo aceptaba. Los primeros cristianos, a la luz de la resurrección de Jesucristo, no dudaron en darle el título de Señor, apoyados en el salmo 110,1: "Tenga todo Israel la certeza de que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (He 2,36).

El título de "Señor" está muy en relación con el culto; en las oraciones se hacía esta invocación: "Ven, Señor nuestro" (1 Cor 16,22; Ap 22,20). A la Eucaristía la llamaban "la cena del Señor" (1 Cor 11,20).

El título de Señor le confiere a Jesucristo un señorío universal pues él es "el señor de todos" (He 10,36), tanto en la vida como en la muerte: "Si vivimos, vivimos para el Señor y si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte, somos del Señor" (Rom 14,9). Ante Jesús, el Señor de todos y de todo, deben doblar su rodilla todos los seres del cielo, de la tierra y del abismo, y confesar que Jesucristo es el Señor (Flp 2.10-11). La creación entera ha de tributarle el honor y el culto

que como Señor le pertenece, pues el nombre de "Señor" está por encima de todos los nombres. Jesús Cristo es el único Señor y no hay otro: "Hay un solo Señor, Jesucristo, por quien existen todas las cosas" (I Cor 8,6). Por eso debe ser adorado, pues sólo hay que adorar a Dios, el Señor, nombre que comparte con su Padre (Mt 4.10).

Jesucristo quiere que le llamen Señor, pero que lo hagan con todas sus consecuencias: "Vosotros me llamáis el maestro y el señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el señor y el maestro, os he lavado los pies, también vosotros os los debéis lavar unos a otros" (Jn 13.13-14). "Por qué me llamáis Señor! Señor! y no hacéis lo que yo os digo?" (Lc 6,46). La postura que mejor cuadra a un cristiano ante Jesucristo, es la de santo Tomás: "Señor mío, y Dios mío" (Jn 20,28), aquí estoy, para hacer tu voluntad.

Jesús es Señor, pero no un señor cualquiera, es "el Señor" por excelencia, el único; por eso, en lugar de decir "el señor Jesús", se debe decir "Jesús, el Señor".

LA PALABRA

La Palabra existía desde la eternidad (Jn 1,1) y por ella fueron hechas todas las cosas (Sab 11,9; Sal 33,6). Por eso, toda la creación es, de alguna manera, Palabra de Dios, revelación de Dios (Rom 1,19-20). La Palabra de Dios se comunica también en forma de ley (Ex 34,27, Jer 6,11; Prov 13,13), la cual es, por tanto, revelada y reveladora de Dios. La palabra de Dios se comunicó asimismo por medio de los profetas que son la "boca de Dios" (Jer 1,9), la voz de Dios, intérpretes de su voluntad, hablan en su nombre, son su palabra

En los tiempos nuevos el Padre envía su Palabra en su propio Hijo, Jesucristo, la Palabra encarnada (Jn 1,14), la Palabra hipostática de Dios, la segunda persona de la Trinidad augusta hecha Verbo, Palabra creadora, pues todo fue hecho por ella (Jn 1,3). Palabra vivificadora: el Padre ha enviado a su Hijo, su Palabra, para darnos la vida (Jn 10,10); ella es la misma vida (Jn 5,26;11,25). Palabra salvadora: Jesucristo no ha venido a condenar, sino a salvar (Jn 12,48); "el evangelio es fuente de toda verdad salvadora" (DV). Palabra juzgadora: El que cree en la Palabra tiene la vida y el que no cree se sitúa en la región de la muerte, de la condenación; la Palabra será el juez del último día (Jn 12,48), porque tiene potestad de juzgar (Jn 5,22.27). Palabra liberadora: Jesucristo ha venido a liberarnos de todas las esclavitudes (Lc 4,18-19). Palabra eficaz, realiza lo que dice; en Jesucristo las palabras son obras y las obras son palabras. Palabra reveladora: Jesucristo es la revelación del misterio del Padre, a quien nadie ha visto; Él sí le ha visto y por eso es el único que nos lo puede dar y nos lo ha dado a conocer (Jn 1,18; Mt 11,27). "Yo digo lo que he visto

junto al Padre" (Jn 8,38). "Os he manifestado todas las cosas que he oído a mi Padre" (Jn 15.15).

Palabra eterna, válida para todos los tiempos; palabra firme, porque infunde seguridad y porque no se cambia, porque es la misma ayer y hoy: "Tu Palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo" (Sal 119,89). Sólo en la Palabra de Dios encontramos las seguridades absolutas.

EL NOMBRE

El nombre de Yavé

El ángel que poseía el Nombre de Yavé y que iba al frente de Israel (Ex 23.21) es un anuncio tipológico y figurativo del Mesías. Igual que el Angel guiaba al pueblo hacia la tierra de promisión, Jesucristo abre el camino que lleva a la patria eterna.

Joel, en su profecía mesiánica, centra la salvación en la invocación al Nombre de Yavé (3,5). San Pedro interpreta la profecía diciendo que la salvación está en la invocación a Jesucristo, "pues no se nos ha dado a los hombres ningún otro nombre debajo del cielo para salvarnos" (He 4.12). Según Miqueas, el Mesías es el Nombre, pues está revestido "de la majestad del Nombre de Yavé" (5,1-4). Para los judíos uno de los vocablos substitutivos del nombre de Yavé es "el Nombre".

El Nombre de Dios, parcialmente manifestado en el A.T., se revela plenamente en Jesucristo que es la revelación absoluta del Nombre del Padre. Esto está claro en la comparación de dos textos paralelos del IV evangelio: Jn 12,28a: "Padre, glorifica tu Nombre", y Jn 17,1b: "Padre glorifica a tu Hijo". "Vale tanto glorificar al Hijo, como glorificar el nombre del Padre; el Hijo no dice glorifícame, sino glorifica tu nombre; y el Padre, a su vez, no contesta: yo le he glorificado y glorificaré mi nombre, sino: he glorificado y glorificaré de nueva a tí" (J. Maldonado).

Palabra y Nombre

La misma glorificación, que Jesucristo hace de Dios, consiste substancialmente en la manifestación de su nombre, tal y como él mismo lo dice al recapitular su obra: "He manifestado tu nombre a los hombres" (Jn 17,6), lo que equivale a manifestar que Dios es Padre. De la misma manera que es "Palabra de Dios", por su función reveladora, es también "Nombre de Dios". Cristo es Palabra y Nombre, *Logos* y *Onoma*, lo que aparece claro si se comparan Jn 17,6 y Ap 19,11-13 con Jn 17,17. En Jn 17,6 Cristo ha manifestado el Nombre a los hombres. Este Nombre es el Logos de Ap 19,13. Después de haberles revelado el Nombre, ellos fueron fieles al *Logos* (a la Palabra), cuando tenían que haber sido fieles al Nombre. El que lleva ese Nombre es el Veraz, el Verdadero (Ap 19,11). Ellos tienen que ser santificados en la verdad y el *Logos* es la verdad (Jn 17,17). Esta identidad está expresada en Jn 1,12: Dios hace hijos suyos a los que creen en su Nombre, es decir, a los que creen en Jesucristo, ya que para ser hijos de Dios hay que creer en el Unigénito de Dios" (Jn 3,18). Jn 1,14 podría traducirse así: "El Nombre se hizo carne y habitó entre nosotros", fórmula más arcaica, a la que responde "La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros". La idea de habitar corresponde al Nombre mejor que a la Palabra. El vocablo "Palabra" se dice de Jesucristo en cuanto tiene una función reveladora, pero no nos dice nada de su esencia, mientras que el vocablo "Nombre" sí, pues afirma que Jesucristo es el Nombre de Dios e implícitamente que es hijo natural de Dios.

En la primera literatura cristiana está muy desarrollado el título cristológico de Nombre, hasta el punto que a Jesucristo se le llama sencillamente "El Nombre", como se hacía con Yavé en la literatura rabínica. "El nombre del Padre es el Hijo. Como

Hijo, él le ha dado su nombre, que le pertenece a él, al Padre... El Hijo es el Nombre... a él sólo le dio el Nombre" (Evangelio de la Verdad).

Pedir en nombre de Jesucristo

Una pregunta: Cómo hay que interpretar la repetida expresión "pedir en el nombre de Jesucristo"? Cristo dice: "Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre" (Jn 16,24). "Os aseguro que todo lo que pidáis en mi nombre al Padre os lo concederá" (Jn 16,23), "para que el Padre sea glorificado en el Hijo" (Jn 14,13).

Se trata, no de pedir al Padre poniendo de intermediario a Jesucristo, sino de pedir directamente a Dios Padre, de dirigirnos a él, en su calidad de Padre y en nuestra calidad de hijos: "En siendo Padre, nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hanos de perdonar, hanos de consolar, hanos de regalar, hanos de sustentar" (Sta.Teresa de Jesús C 46,2).

En efecto, si al pedirle le llamamos "Padre", nos concederá lo que le pidamos; así lo dijo el mismo Jesucristo: "Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará, en lugar de un pez, una serpiente? O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, cuánto más el padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden?" (Lc 11,11-13).

He aquí, por tanto, la actitud espiritual que hemos de adoptar ante Dios: "Con toda humildad, hablarle como Padre, pedirle como Padre, regalarse con él como con Padre" (Santa Teresa C. 46 2).

LA SABIDURÍA

San Pablo llama a Jesucristo "sabiduría de Dios": "Jesucristo crucificado es escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero poder y sabiduría de Dios para los llamados, judíos o griegos" (I Cor 1,23-24). Jesucristo es sabiduría de Dios, porque conoce y nos ha revelado el proyecto sapientísimo de Dios de salvar al mundo, porque él mismo es la salvación y porque "se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención" (1 Cor 1,30).

Nos ha hecho partícipes de su sabiduría. "Una sabiduría divina, misteriosa, oculta, que Dios destinó para nuestra gloria antes de crear al mundo" (1 Cor 2,9). Una sabiduría inaccesible a la inteligencia humana, que pertenece a Dios, que sólo él conoce y que está escondida en el misterio de la cruz, el misterio de la salvación manifestado en Cristo. Una sabiduría "que no conocían los gobernantes de este mundo, pues si la hubieran conocido no habrían crucificado al Señor de la gloria" (1 Cor 2,8).

Jesucristo se apropia las virtualidades de la sabiduría. Esto ofrece Él: "El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí no tendrá sed jamás" (Jn 6,35). Él es el único que sacia todas las apetencias del corazón humano. Pero es una hartura que deja con más hambre, con hambre de llenarse más de Él. Y esto ofrece Ella: "Venid, comed de mi pan y bebed del vino que yo he preparado. Dejaos de simplezas y viviréis" (Prov 9,5-6). "Los que me comen quedarán aún con hambre, y los que me beban quedarán de mí sedientos" (Si 24,21).

Él es la Palabra que existía antes del principio y por la que fueron hechas todas las cosas (Jn 1,1-3) y Ella fue fundada

desde la eternidad, engendrada antes de todas las cosas y ejerció de arquitecto cuando fueron hechas (Prov 8,23-31).

El es "el resplandor de la gloria, la impronta del ser" de Dios Padre (Heb 1,3), y Ella es "resplandor de la luz eterna, espejo inmaculado de la actividad de Dios e imagen de su bondad" (Sab 7,26).

Dios concede su sabiduría no a los sabios y a los entendidos de este mundo, sino a los sencillos y a los ignorantes (Mt 11,25). No se apoya en los poderosos ni elige a los sabios para encomendarles su obra evangelizadora: "Considerad hermanos, vuestro grupo de llamados: no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Dios eligió lo que el mundo tiene por necio para humillar a los sabios; lo débil para humillar a los fuertes; lo vil, lo despreciable, lo que es nada, para anular a los que son algo; para que nadie presuma delante de Dios" (1 Cor 1,26-29). La sabiduría cristiana es un don que se concreta en un mayor conocimiento de todo lo divino y en un discernimiento que conduce a comportarse "sabiamente" y "con inteligencia" en lo social y en lo moral. Y es también un don que Jesucristo da a sus fieles para que sepan defender y salir victoriosos en circunstancias difíciles: "Yo os daré una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios" (Lc 21,15).

El sabio, según la Biblia, no es el que sabe muchas cosas, el que tiene una gran erudición, sino el que en todos los momentos de la vida sabe actuar como Dios manda.

EL SIERVO

En el Deuterocanónico hay cuatro poemas que hablan de un personaje misterioso llamado "Siervo", cuya misión es enseñar y sufrir para expiar los pecados del pueblo. Ellos suponen una de las más altas cimas de la revelación y de la teología del A.T. La gran novedad es la misión expiatoria del Siervo, una misión que Jesucristo realiza en cuatro tiempos, en consonancia con los cuatro poemas.

Primer poema: Is 42,1-4.6-7.

"He aquí a mi siervo, mi elegido" (42,1). Estas palabras se repetirán en el bautismo y en la transfiguración de Jesucristo (Mt 3,17; 17,5). Si es "siervo", es un esclavo, y, por tanto, un pobre de solemnidad. Está lleno del Espíritu de Dios (42,1), es un carismático. Desde su pobreza, y con la fuerza del Espíritu, realizará la misión de llevar la salvación a todas las naciones (42,1), de establecer la justicia y el derecho en el mundo (42,4), de liberar a todos los oprimidos de la tierra (42,7). Esto lo hará, no a gritos, como hacían los falsos profetas, sino con humildad y con dulzura (42,2). Es un reconciliador del pueblo con Dios, mediante una nueva alianza que afectará también a los paganos, iluminados igualmente con la luz de la revelación (42,6).

Jesucristo nació como los pobres, en una chabola (Lc 2,6-7). Fue el elegido y el predilecto del Padre (Mt 3,17; 17,5). Vivió como los pobres. Vino a establecer el reino de la justicia, a liberar a todos los oprimidos (Lc 4,18-19). Esa era la misión que le habían atribuido los profetas (Mt 11,2-6): evangelizar a

los pobres. El mensaje de salvación universal del Siervo será cumplido al pie de la letra, pues Jesucristo vino a salvar al mundo entero y a no condenar a nadie (Lc 19,10; Jn 3,17). Jesucristo fue un revolucionario pacífico, condenó la violencia y empleó únicamente el arma de la palabra y de la persuasión.

Segundo poema: Is 49,1-6.

El Siervo hace una opción por los alejados, será misionero de los despreciados y excluidos gentiles: "Prestad atención, pueblos lejanos" (49,1). Está puesto como luz de las gentes, para que llegue la salvación de Dios hasta los confines de la tierra (49,6). En comparación con esta magna y maravillosa empresa, la atención, que el Siervo dedicará a Israel, a los que se sienten instalados en la verdad, es bien poca cosa (49,6). El Siervo está dotado de cualidades extraordinarias de orador. Su palabra es penetrante como espada de dos filos. Fue elegido por Dios desde el seno materno, antes de su nacimiento (49,1).

Jesucristo actuó como el Siervo. Hizo una opción de clase, optó por los pobres y por los marginados, por los que estaban lejos y por los que no pintaban nada. Y dio de lado a los instalados, a los que se creían monopolizadores de la verdad, de los que nada quiso saber. Los pobres, los marginados y los excluidos fueron sus amigos, no los nobles, ni los poderosos, ni los sacerdotes, ni los fariseos. Fue un orador excepcional, arrastrador de multitudes. Vino para iluminar a los gentiles, a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte (Lc 1,79) porque es "la luz del mundo" (Jn 8,12). Esa fue su misión, encomendada por el Padre desde toda la eternidad, antes de

ser concebido en el seno virginal de María.

Tercer poema: Is 50,4-11.

El siervo, a pesar de haber recibido de Dios una "lengua de experto" (50,4), de ser un orador singular, está siempre en actitud de discípulo (50,5). Es un maestro en alentar a todos los cansados y descorazonados por tantas contrariedades como encuentran en el camino. El también encuentra dificultades, recibe toda clase de oprobios, afrentas y humillaciones, pero lo aguanta todo, lo supera todo. No se echó nunca para atrás (50,5), no se dio nunca por vencido, pues estaba seguro de que jamás quedaría defraudado (50,7). Luchó frente a las injusticias y frente a sus perseguidores (50,10).

Eso fue lo que hizo Jesucristo, denunciar las injusticias del sistema. Y lo hizo con lengua de maestro, pues tenía bien aprendida la lección que le había impartido el Padre. Dirigió siempre una palabra confortante a todos los doblados, hizo un llamamiento a todos los débiles: "Venid a mi todos los que estáis cansados y oprimidos y yo os aliviaré" (Mt 11,29). Fue la conciencia crítica de la sociedad. Terminó como el Siervo, con la espalda llena de latigazos, las mejillas llenas de salvazos y de bofetadas, la barba arrancada, todo él cubierto de ultrajes y de afrentas (Is 50,6). Pero todas estas humillaciones le resbalan al Siervo -como le resbalaron a Jesucristo- pues está hecho al sufrimiento y curtido en la resistencia como el pedernal (50,7). El Siervo estaba seguro de su triunfo final, como lo estuvo Jesucristo. El triunfo del justo está de antemano asegurado.

Cuarto poema: Is 52,13-53,12.

Este cuarto poema es como una liturgia profética en tres escenas. Primero interviene Dios (52,13-15), luego los hombres (53,1-10) y después otra vez Dios (53,11-12).

1º) Dios se fija en el Siervo en la cumbre de su exaltación, tras un camino de dolor. Las gentes, al principio, se quedarán horrorizadas al ver al Siervo tan desfigurado, que no parecía un hombre, pero luego "se quedarán asombradas al contemplar algo inaudito", la más alta glorificación del abatido (Is 52,13-15).

2º) A continuación interviene el coro de voces humanas para describir, de manera profética, la pasión del Siervo (53,1-10). En el poema anterior, el Siervo utilizó el arma de la palabra, aquí emplea el arma del silencio. El Siervo se somete a toda clase de vejaciones, sin pronunciar una palabra de disgusto. Cuando ya no sirven para nada las palabras, hay que predicar con el ejemplo y con el sacrificio, dar la vida por la causa que defendieron las palabras. La semilla, para dar fruto, tiene que morir. El Siervo está tan desfigurado y machacado que se parece a un leproso, ante "el cual se oculta el rostro" (53,3). Germinó "como raíz en tierra seca" (53,2) y ya está a punto de morir. Morirá por los crímenes y por las injusticias de todos los mortales (53,5). La expiación vicaria, que él realizará, nos reporta la paz y la reconciliación con Dios (53,5). Se entrega voluntariamente a la muerte sin abrir la boca (53,7). Fue destrozado por sus padecimientos (53,10) y, siendo el único que no cometió injusticia alguna, se le preparó una tumba entre los criminales (53,9).

3º) Al final Dios vuelve a intervenir para proclamar la obra redentora del Siervo, quien, con su muerte, ha sido la causa de la reconciliación del hombre con Dios, pues murió cargado de

todas las iniquidades de la humanidad, intercediendo por todos los criminales y los hacedores de injusticias (53,11-12).

Jesucristo asumió voluntariamente el camino de la pasión y de la muerte: "Yo doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que la doy yo por mi mismo. Tengo el poder de darla y de recobrarla. Tal es el mandato que he recibido de mi Padre" (Jn 10,17-18). "El Hijo del hombre tenía que padecer mucho, ser matado y ser resucitado" (Lc 9,22). La víspera de su pasión manifestó su condición de siervo, lavando los pies a sus discípulos, haciendo el oficio de esclavo. El era el servidor máximo, el diácono perfecto (Jn 13,1-18), había venido a servir y no a ser servido (Mt 20,28; Mc 10,45). Murió perdonando a todos, a los que le condenaron a muerte y a los que ejecutaron la sentencia. Pasó de la pedagogía del castigo a la pedagogía del perdón. En las reivindicaciones sociales no se trata de practicar la revancha, prohibida por el evangelio. Hay que odiar la injusticia, pero no odiar ni machacar a los injustos, sino amarlos. No hay que alimentar nunca odios o venganzas. Y antes que practicar la injusticia, hay que sufrirla.

EL CORDERO

El título de "Cordero" tiene sus antecedentes en el A.T. La liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, para hacer de él "una nación consagrada y un reino sacerdotal" (Ex 19,6), se hizo gracias a la sangre del cordero pascual que el Señor les mandó sacrificar, con cuya sangre tenían que untar los dinteles de las puertas para que el ángel exterminador pasara de largo por las casas de los hebreos. El Cordero tenía que ser "sin defecto" alguno (Ex 12,5). Jeremías, perseguido y apresado, es como un cordero que se lleva al matadero (Jer 11,19), igual que el Siervo de Yavé que es también "como un cordero llevado al matadero que no abría la boca" (Is 53,7).

El N.T. aplica a Jesucristo la metáfora y el simbolismo del "cordero": "Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1.29). Jesucristo cumple, de manera perfecta, las características del cordero pascual (He 8,31.35).

En Jesucristo no había defecto alguno, fue en todo momento semejante al hombre menos en el pecado: "Santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado más alto que los cielos" (Heb 7,26). "Quién de vosotros puede acusarme de haber cometido alguna falta?" (Jn 8,46). Así retó Jesucristo a los judíos. "Cristo se ofreció por nosotros como víctima inmaculada" (Heb 9,14).

Durante el proceso, que le llevó al matadero, "permaneció callado" ante el Sanedrín (Mt 26,63) y a la pregunta de Pilato "no respondió" (Jn 19,9).

Igual que los hebreos de Egipto fueron rescatados por la sangre del cordero, así nosotros, la humanidad entera,

"hemos sido rescatados con la preciosa sangre de Cristo, el cordero sin tacha y sin defecto" (1 Pe 1,1819).

Jesucristo es ejecutado la víspera de la Pascua (Jn 19,3), justo en el momento en que se estaban inmolando en el templo los corderos pascuales. San Pablo ve también, igual que Juan, en Jesucristo el cordero pascual inmolado: "Jesucristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado" (1 Cor 5,7).

A Jesucristo no le quebraron las piernas, como a los otros dos ejecutados con él (Jn 19,33); al cordero pascual no se le podía romper ningún hueso (Ex 12,46).

La figura central del Apocalipsis es el Cordero, que tiene siete cuernos, es decir, la plenitud de la fuerza, la omnipotencia; tiene también los siete espíritus de Dios, es decir, el Espíritu Santo y los siete dones. Los cuatro vivientes, los 24 ancianos, todas las criaturas del cielo, de la tierra y del abismo adoran al cordero (Ap 6,10) que ha rescatado a todos los hombres de la tierra para hacer de ellos "un reino de sacerdotes" (Ap 5,10).

El cordero degollado es ahora el señor de los señores y el rey de los reyes (Ap 17,14), "digno de recibir el poder, el honor, la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos" (5,13). Todos los coros celestiales entonan en su honor el cántico del Cordero: "Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor, Dios omnipotente, justos y verdaderos tus caminos, oh rey de las naciones" (Ap 5,13). En el cielo hay una fiesta nupcial permanente y "dichosos los invitados al banquete de las bodas del Cordero" (Ap 19,9). "La esposa del Cordero" (Ap 21,9) es la Iglesia, esposa de Jesucristo" (Ef 5,22-32).

El contraste entre el Cordero humillado y degollado con el

Cordero triunfante y glorioso culmina "en el río de agua viva, transparente como un cristal, que mana del trono de Dios y del Cordero" (Ap 22,1), símbolo del Espíritu Santo, la felicidad consumada en plenitud de eternidad.

EL SACERDOTE

Jesucristo, sacerdote?

Los evangelios nunca dicen que Jesucristo fuera sacerdote. Tampoco lo dice Él. Sus relaciones con los sacerdotes no fueron cordiales, al contrario, estuvieron encontradas. Ellos le persiguieron a muerte: "Jesucristo tenía que padecer mucho por parte de los Sumos Sacerdotes" (Mt 16,21). "Será entregado a los sacerdotes que le condenarán a muerte" (Mt 20,18). El Sumo Sacerdote tuvo una intervención decisiva para que fuera condenado a la pena capital (Mt 26,62-66).

Jesucristo era de la tribu de Judá, por lo que no podía ser sacerdote de la Antigua Alianza, algo que estaba reservado para la tribu de Leví.

Jesucristo, durante su vida pública, ejerció una función profética, más que sacerdotal. De hecho fue reconocido y proclamado por las gentes como profeta y no como sacerdote. No se le ve participando en el culto del templo, antes al contrario, criticó duramente, al estilo de los profetas, el formalismo y el formulismo del culto, con lo que indirectamente estaba criticando a los mismos sacerdotes. Hizo suyas las palabras de Oseas: "Quiero misericordia, no sacrificios" (Os 6,6; Mt 9,13). Su postura ante el templo (Jn 2,13-22) evoca los discursos de Jeremías (Jer cap. 7 y 26).

La carta a los Hebreos

Pero Jesucristo era sacerdote. Así lo proclama la Carta a los Hebreos, el único escrito del N.T. que le confiere este título.

Jesucristo es sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal 110,4). Dios ha jurado que Jesucristo es sacerdote. Melquisedec era un personaje sin patria, sin genealogía, ni se sabe el origen ni el fin de sus días. Así es Jesucristo, cuyo sacerdocio no depende de una genealogía sacerdotal.

Jesucristo quedó consagrado sacerdote al ofrecer su propio sacrificio (1 Cor 5,7; Ef 5,2; 1 Pe 1,19), al "ofrecerse a sí mismo como víctima inmaculada" (Heb 9,14). Con su sacrificio expió los pecados del mundo, "nos roció y nos purificó con su sangre" (Heb 9,11; 12,24), lo que significa que es el sacrificio perfecto, pues eso no lo conseguían los anteriores sacrificios, los cuales, desde ahora, quedan abolidos para siempre, pues han sido substituidos por el sacrificio de Jesucristo.

En la Nueva Alianza hay un único sacerdote, una sola víctima y una sola ofrenda, y eso es Jesucristo, las tres cosas a la vez: "Esto lo hizo él de una vez para siempre cuando se ofreció a sí mismo" (Heb 7,27). "Entró de una vez para siempre en el santuario, no con sangre de machos cabríos, sino con su propia sangre (9,12).

Jesucristo, al ser Dios y hombre, es el puente de unión, el mediador perfecto entre Dios y los hombres y está siempre intercediendo por nosotros ante el Padre (Heb 7,13): "Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús" (1 Tim 2,5).

Como era en todo semejante a los hombres (Heb 2,17), podía compadecerse de nuestras debilidades, pues "fue probado en todo, a semejanza nuestra, a excepción del pecado" (Heb 4,15); "era un sacerdote santo, inocente, sin

mancha... hecho perfecto para siempre" (7,26.28).

Sacerdocio común

Todos los cristianos, mediante el bautismo, participan del sacerdocio de Jesucristo. Ex 19,6 contiene una promesa: "Seréis para mí un reino de sacerdotes"; I Pe 2,5.9 aplica este texto a los cristianos, a la Iglesia: "Edificados como piedras vivas en casa espiritual y organismo sacerdotal santo para ofrecer víctimas espirituales agradables a Dios por mediación de Jesucristo". La promesa del Éxodo se cumple en la Iglesia de Jesucristo. No es que cada cristiano sea sacerdote, sino que todos, corporativamente y unidos a Jesucristo, de un modo orgánico, ejercemos funciones sacerdotales, podemos y debemos ofrecer "sacrificios espirituales". Estos sacrificios, aunque no se precisan, se deducen de toda la carta: "comportamiento ejemplar" (I Pe 2,12), una "vida santa" (1,15) y "obediencia a Jesucristo" (1,2). El Apocalipsis llama a los cristianos "reino de sacerdotes" (1,6), "sacerdotes de Dios y de Jesucristo" (20,6).

Sacerdocio ministerial

Aparte de este sacerdocio regio, propio de todos los cristianos hay un sacerdocio ministerial. Los presbíteros son los dirigentes de las comunidades, "ministros de la Nueva Alianza" (2 Cor 3,6), ejercen diversos ministerios, es decir, diversos servicios: El ministerio de la palabra, a través de la predicación como evangelistas y a través de la enseñanza como maestros (1 Tim 5,17; Ef 4,11); el ministerio de la dirección de la comunidad; el ministerio de la presidencia; el ministerio de la reconciliación, el de la asistencia a los

enfermos, y el ministerio litúrgico, aunque esto último en el N.T. no se dice expresamente. Pero en el N.T. nunca reciben el nombre de sacerdotes. Esto se empieza a decir en el siglo II, a partir de Ignacio de Antioquia y Clemente de Roma.

El Sacerdocio ministerial tiene la misión de servir, está al servicio del Sacerdocio de Jesucristo y al servicio del sacerdocio común de todos los fieles.

EL PAN DE VIDA

Jesucristo es "el pan de vida". Así se dice en el cap. 6º del IV evangelio. El pueblo ha seguido a Jesucristo, porque acaba de hacer un milagro, el de la multiplicación de los panes, y les ha dado de comer. Jesucristo les habla, contraponiéndolos, de dos clases de alimentos: el perecedero y el imperecedero, el pan de vida, el pan del cielo. Ellos creyeron que les hablaba del maná, y Jesucristo les dice que el maná no era el pan del cielo. El pan, que él les va a dar, es el verdadero pan del cielo, porque es el pan de Dios que da la vida al mundo (Jn 6,26-34).

Jesucristo establece una absoluta identidad entre el pan del cielo y su propia persona: "YO SOY EL PAN DE VIDA" (6,35).

Las relaciones entre el maná y el pan de vida son las propias del tipo y del antitipo. Por una parte se advierten semejanzas que acercan y unifican, y, por otra, las antítesis que distancian y diferencian. En todo caso el tipo del A.T. proyecta una gran luz en la configuración y en el análisis del antitipo del N.T. Aquí el tipo es el maná, reducido a una vida material (alimento del cuerpo) y el antitipo es el pan de vida que se refiere a la vida espiritual (alimento del alma). En dos columnas paralelas se aprecian mejor los puntos de contacto que los asemejan y las divergencias que los diferencian:

MANÁ	PAN DE VIDA
1 . Debía tomarse cada día.	1 . Se da de una vez para siempre.
2. Saciaba el hambre de momento.	2. Sacia el hambre para siempre.
3. Satisface las exigencias materiales y transitoriamente.	3. Satisface las exigencias espirituales de una manera permanente, pues se posee continuamente.

4. Es un alimento perecedero efímero.	4. Es un alimento impercedero, eterno.
5. Es vida del cuerpo.	5. Es vida del espíritu.
6. Sostiene la vida terrestre.	6. Alimenta una vida eterna.
7. Se dio por medio de Moisés.	7. La dará el Hijo del Hombre.
8. Fue una realidad.	8. Es una promesa.
9. Es de los tiempos viejos	9. Pertenece a los tiempos escatológicos.
10. Era para todos.	10. Es sólo para los que tienen fe.
11. Aunque bajaba del cielo no era verdadero pan del cielo.	11. Es el verdadero pan del cielo.
12. Bajaba de arriba, pero no del trono de Dios.	12. Baja del mismo trono de Dios.
13. Daba la vida a un pueblo particular.	13. Da la vida al mundo.
14. No cambiaba las condiciones de la vida natural.	14. Es principio y germen de resurrección.
15. No logró la unión entre los israelitas.	15. Es lazo de amistad que conduce a la unión.
16. Era un milagro que además de manifestar el poder de Dios, significaba una realidad futura de orden superior.	16. El milagro de la multiplicación de los panes también manifestaba el poder de Dios y significaba un alimento espiritual.
17. Es figura y tipo del pan de vida.	17. Es realidad y antitipo del maná.
18. Nos pone ante Moisés, que alimentó con el milagro en el desierto a los judíos hambrientos.	18. Nos pone ante Jesucristo que alimenta también con el milagro de los panes a los judíos.
19. Engendró en la tradición judía la idea de que el Mesías, cuando llegue, alimentaría a los hombres con un nuevo maná y un agua viva.	19. Con él Jesucristo cumple esa vieja tradición dando a comer su carne y a beber su sangre.
20. Fue dado por medio de Moisés.	20. La da directamente el Padre.

Los judíos siguen a Jesucristo porque les ha dado de comer y él les ofrece otro pan muy superior, un pan que acaba con todas las hambres, al igual que ofreció a la Samaritana un agua que acaba con toda sed (6,35). Ellos comprenden que ese pan, que sacia para siempre, lo daba el Padre a través de Jesucristo. Por eso, le piden ese pan, siguen pensando en un pan material. Jesucristo afirma dos cosas: 1) Que ese "pan de vida" que ha bajado del cielo y que sacia para siempre es él (6,35); 2) que para tener la vida eterna es absolutamente necesario comer su carne y beber su sangre (6,53.55); se trata de una comida y de una bebida reales; está claramente hablando de su cuerpo y de su sangre en el sacramento de la eucaristía.

Les dice que se procuren, con su trabajo, no el alimento que pasa, sino el que dura para la vida eterna (6,27). Ellos quieren que Jesucristo les señale el campo de trabajo, que les diga qué es lo que tienen que hacer para conseguirse ese pan (6,28). Jesucristo les contesta que ese trabajo es la fe (6,29). Hay que creer en él para poder tomar el pan de vida. No se trata sólo de creer a Jesucristo, sino de creer en Jesucristo, de entregarse a él. La famosa frase de San Agustín: "crede et manducasti", lo explica todo. Si crees, has comido como Dios manda, has comulgado eficazmente con el cuerpo de Cristo, pero si has comido, si has comulgado, sin creer, no has comido, no has comulgado de manera eficaz. Para poder comulgar hay que tener una fe viva y operante.

Se trata, pues, de dos comidas o dos comuniones: 1ª) Comunión con la doctrina de Cristo, mediante una asimilación de su palabra y una confianza plena en él, orientando la propia vida según su voluntad, cosa que hacemos en la celebración de la palabra en la primera parte de la Santa Misa. 2ª) Comunión con el cuerpo y con la sangre de Cristo, cosa que

hacemos en la segunda parte de la Misa con la celebración de la Eucaristía. No se debe pasar a esta segunda comunión, sin estar sellados radicalmente con la primera. Para poder asimilar la carne inmolada y gloriosa de Jesucristo en el sacramento, hay que haber asimilado antes la doctrina de Cristo. Pasar a la segunda comunión, sin haber pasado antes por la primera, o no sirve para nada (6,63) o sirve para la propia condenación como dice San Pablo (1 Cor 11,27).

EL SANTO

Dios es "el santo" (Os 11,9), el tres veces santo, el santo por excelencia, el santísimo (Is 6,3); el único que puede proclamarse santo (Si 18,2), porque vive en una región pura, adonde no puede llegar el lastre de lo profano y de lo impuro (Is 57,15; Ez 28,25). Dios es santo y santificador (Os 11,9), el que santifica plenamente (1 Tes 5,23; Jn 17,17).

Jesucristo, el Hijo de Dios, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo "será santo" (Lc 1,35), "el santo de Dios" (Mc 1,24), como le proclamaban los apóstoles: "Nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios" (Jn 6,69) y hasta los mismos, demonios: "Sé quién eres: el santo de Dios" (Mc 1,24); o simplemente "EL SANTO" (Ap 3,7; 6,10), exactamente igual que Dios, porque es Dios.

Jesucristo, además de ser santo, debido a su naturaleza divina, en la que no cabe ni la más leve sombra de pecado, lo es porque cumple la voluntad del Padre (Jn 8,29) y porque "se santifica", se consagra y se ofrece al Padre por nosotros, para que nosotros seamos también santificados en la verdad, consagrados en él que es la verdad misma, y entregados al Padre como él (Jn 17,19-24).

Los cristianos, que han recibido "la unción del Santo" (1 Jn 2,20), son "santos en Jesucristo" (1 Cor 1,2). La Iglesia, a imitación de su divino fundador, debe ser "santa y perfecta" (Ef 5,27) y sus miembros "santos e irreprochables" (Ef 1,4).

Dios pide la santidad a los hombres: "Sed santos, como yo soy santo" (Lev 19,2). "Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación" (1 Tes 4,3). Y la santificación, a su vez, está en cumplir la voluntad de Dios: "No todo el que me dice Señor!

Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 7,21). Hacer la voluntad de Dios es, entre otras cosas, vivir en armonía, en paz y en concordia con los demás, en generosa comunicación de bienes y de sentimientos.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ

La paz es en la Biblia el conjunto de todos los bienes deseables, materiales y espirituales. Comprende no solamente la paz judía (*shalom*), la paz griega (*eirene*), ausencia de guerras y silencio de armas, y la paz romana (*pax*), estado de seguridad que garantiza el tratado de paz, sino también un estado de bienestar pleno, de la vida feliz, en el que se encuentra todo lo que el ser humano puede apetecer, donde se da la felicidad, la paz con Dios, con los demás, con el mundo y con uno mismo.

De todo esto será portador un niño que tiene por nombre "EL PRÍNCIPE DE LA PAZ" (Is 9,5), que "anuncia la paz a las naciones" (Is 9,6); él mismo será la paz (Miq 5,4), "paz para el que está lejos y paz para el que está cerca" (Is 57,19).

Los ángeles celebraron su nacimiento con el augurio de la paz: "Gloria a Dios y paz a los hombres" (Lc 2,14). Los profetas anunciaron la era de la paz mesiánica instaurada por ese príncipe de la paz. Serán destruidos los artefactos de la guerra para hacer con ellos instrumentos de trabajo, se acabarán todas las guerras, no empuñará más la espada pueblo contra pueblo (Is 2,4; Miq 4,3). La tierra entera será una mansión tranquila y jubilosa (Is 14,7). Las gentes todas vivirán en mansiones de paz, en moradas seguras, en apacibles lugares de reposo (Is 32,18). Todas las criaturas del universo vivirán en armonía. El lobo habitará con el cordero, el leopardo se acostará junto al cabrito, la vaca y la osa pastarán en compañía, el niño de pecho jugará junto al agujero de la víbora, en la guarida del áspid meterá la mano el destetado, no se hará ya más mal ni daño en todo el mundo (Is 11,6-9; 65,20-25).

Esta paz será fruto de la justicia. Así lo anunciaron también los profetas: "De la justicia brotará la paz" (Is 32,17) y los salmistas: "El Señor anuncia la paz la justicia y la paz se abrazarán" (Sal 85,9.11); y así lo confirma Santiago: "El fruto de la justicia se siembra en la paz" (Sant 3,18).

Por eso, Jesucristo, que es el príncipe de la paz, es también el rey de la justicia. Jeremías dijo: "Este es el nombre con que le llamarán: "Yavé-nuestra-justicia" (Jer 23,6). Jesucristo es "el germen justo de David que ejercerá el derecho y la justicia en la tierra" (Jer 33,15). El Mesías es "llamado para la justicia" (Is 42,6), para implantar la justicia. Con Jesucristo ha llegado el reino de la justicia (Rom 14,17). Por eso, no dejará "de anunciar la justicia a las naciones... hasta que la haga triunfar" (Mt 12,18-20). Cuando triunfe, la paz será también una realidad.

Jesucristo nos dejó el gran don de la paz: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Jn 14,27). Una paz sembrada por él en nuestros corazones (Co1 3,15), que nosotros hemos de hacer fructificar en las relaciones humanas: "El Señor nos ha llamado a vivir en paz" (I Cor 7,15). "Haced todo lo posible para vivir en paz con todo el mundo" (Rom 12.18). Por eso, llama bienaventurados a los que trabajan por la paz (Mt 5,9), que son los mismos que tienen hambre y sed de que haya justicia (Mt 5,6). Un cristiano es un comprometido con la justicia y con la paz en el mundo entero.

EL ESPOSO

Dios es el esposo de Israel. La Alianza tenía un carácter nupcial: Dios se desposa con su pueblo. Fueron unos desposorios llenos de infidelidades por parte de la esposa (el pueblo) y de perdones por parte del esposo (Dios).

Esta metáfora de la unión conyugal entre Dios e Israel arranca del profeta Oseas que vivió en su propia vida las trágicas infidelidades de su esposa (Os 1-3) y está descrita dramáticamente por los profetas Isaías (54,4-8; 61,10), Jeremías (2,2 20; 31,3) y Ezequiel (16,1-43) y lo es poéticamente en el Cantar de los Cantares.

En la Nueva Alianza el esposo es Jesucristo y la esposa es la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios. Jesucristo se dio a sí mismo el título de esposo: "Es que pueden ayunar los invitados a las bodas mientras el esposo está con ellos?. Mientras tengan consigo al esposo no pueden ayunar" (Mt 2,19). Los discípulos deben estar alegres y contentos, pues están asistiendo -en la escatología realizada- a las bodas de Cristo con su Iglesia. Juan Bautista se precia de ser el amigo del esposo (Jn 3,29), de lo mismo que se preciará también San Pablo (2 Cor 11,2).

El maravilloso misterio del amor, que se realiza, como en ninguna otra parte, en la unión transformadora del hombre y la mujer, hechos ambos para amar y para ser amados, San Pablo lo aplica "a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,32), al matrimonio místico, pero real, que Jesucristo celebra con su esposa la Iglesia y con todos y cada uno de los miembros que la componen.

El acta matrimonial fue rubricada con la sangre del esposo, el Cordero de Dios (1 Cor 11,25; Ap 21,9). Este amor eterno,

de Cristo hacia su esposa la Iglesia y de la Iglesia hacia él, debe servir de modelo a todos los matrimonios cristianos (Ef 5,25-32).

El Apocalipsis festeja las nupcias eternas del Cordero (21,2) y proclama bienaventurados a los invitados al banquete de estas bodas (19,9) porque verán saciados todos sus deseos de felicidad simbolizados en el amor de los esposos: "Han llegado las bodas del Cordero, su esposa ya está preparada... dichosos los invitados al banquete de las bodas" (Ap 19,7.9). "El Espíritu y la esposa dicen: "Ven". El que escuche, diga: "Ven". El que tenga sed, que venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida" (Ap 22,17). El Espíritu Santo y la Iglesia nos invitan a unirnos a Jesucristo en desposorios eternos y dicen al mismo Jesucristo que acuda pronto a esta unión con todos los mortales.

EL NUEVO TEMPLO

Jesucristo es el nuevo templo, en el que habita la divinidad. El Verbo de Dios encarnado significa y es la morada de Dios entre los hombres. En el A.T. Dios, Yavé, se presencIALIZABA en el Tabernáculo primero (Ex 33,7-11) y en el Templo después (1 Re 8,10). El Tabernáculo y el Templo eran la morada, la habitación, la "*shekina*" de Dios. En el N.T, esa habitación de la Divinidad es Jesucristo. Dios habitó -"*skenosen*"- con nosotros en Él (Jn 1,14). Nótese que el verbo "*skenoo*" y el vocablo "*shekina*" tienen las mismas consonantes.

El templo de Jerusalén estaba profanado por los mercaderes y negociantes y por el constante ruido de dinero en el lugar sagrado, lo que sonaba a sacrilegio. Jesucristo lo purificó y anunció que en adelante su cuerpo destruido y reconstruido sería el nuevo templo: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré... Hablaba del templo de su cuerpo. Por eso, cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que lo había dicho y creyeron en las Escrituras y en la palabra de Jesús" (Jn 2,19.21-22).

A la Samaritana le dice que a un templo nuevo, su propio cuerpo transformado y espiritualizado, corresponderá un culto nuevo en espíritu y en verdad, presidido y dirigido por el Espíritu de la verdad (Jn 4,24).

Cuando Jesucristo murió en la cruz el velo del templo se rasgó de arriba abajo (Mt 27,51), lo que significa que el templo antiguo terminó para siempre. El culto, que allí se daba, debe ceder ante el culto en espíritu y en verdad, pues "Dios no habita en templos contruidos por la mano del hombre" (He 17,24). En el cuerpo de Cristo resucitado habita

corporalmente la plenitud de la divinidad y vosotros estáis llenos de él" (Col 2,9-10). Jesucristo es el "pleroma" de la Divinidad, está lleno de Dios, de todos los dones y gracias celestiales y, al mismo tiempo, es el "pleroma" de la Iglesia, nos colma a nosotros de todos esos bienes que él posee en plenitud.

La Iglesia, la comunidad cristiana, es templo de Dios: "Nosotros somos el templo de Dios vivo, como Él dijo: habitaré y caminaré en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mí pueblo" (2 Cor 6,16). Cada uno de los cristianos somos también individualmente templos de Dios: "No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habita en vosotros y que habéis recibido de Dios? Ya no os pertenecéis a vosotros mismos. Habéis sido comprados a gran precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Cor 6,19-20). De aquí, el respeto sumo que hemos de tener a la comunidad y a nosotros mismos, porque somos la morada de Dios y porque, mediante el bautismo, hemos pasado a ser pertenencia suya.

En este templo, oratorio privado de cada uno de nosotros, debemos ofrecer "sacrificios espirituales agradables a Dios por mediación de Jesucristo" (1 Pe 2,5).

EL RESUCITADO

Jesucristo, que es el signo de Jonás (Mt 12,40), tenía que morir y resucitar al tercer día (Mc 8,31). Y eso se cumplió. Y hasta que no se cumplió, los apóstoles no tenían fe o la tenían a medias. Fue necesaria la experiencia de la Pascua, el encuentro con el Resucitado para que comprendieran el misterio de Jesucristo, para que su fe fuera perfecta. Con esta experiencia y con el don del Espíritu Santo alcanzaron la verdad plena.

Jesús se les apareció durante muchos días (He 13,31), durante cuarenta (He 1,3), número claramente simbólico. El Resucitado era ciertamente Jesús de Nazaret. Los apóstoles hablaron con él, le tocaron (Lc 24,36-40). No era un fantasma, era de carne y hueso, comieron con él (Mt 28,9; Lc 24,29-41).

Su cuerpo era y no era el mismo. Era un cuerpo transformado, desprovisto de sus cualidades materiales (Jn 20,19), un cuerpo glorificado, espiritualizado. La Magdalena no le conoce hasta que la llama por su nombre (Jn 20,16). Los discípulos de Emaús sólo le conocieron al partir el pan (Lc 24,30). La resurrección importa que la existencia mortal de Cristo (Rom 6, 10) ha pasado a una forma de existencia gloriosa junto al Padre (1 Pe 3, 18). Es la transformación del Siervo doliente en el Mesías glorioso.

El Resucitado es el centro de gravitación de toda la doctrina cristiana: "Jesucristo murió, pero resucitó y fue glorificado y exaltado a la derecha de Dios" (He 2-22-35).

Y todo esto aconteció "según las Escrituras", para que se cumplieran las Escrituras, pues todo estaba anunciado de antemano. El acontecimiento de la pasión, de la muerte, de la

resurrección y de la exaltación gloriosa de Jesucristo constituye la esencia de las Sagradas Escrituras, tal y como el mismo Jesucristo explica a los de Emaús y es la rúbrica de Dios a la obra redentora de Jesús (Lc 24,27).

Jesucristo fue "el primero en resucitar de entre los muertos" (He 26,23). El mismo es la "resurrección y la vida" (Jn 11,25) y la garantía de nuestra resurrección: "El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también nuestros cuerpos mortales por obra de su Espíritu que habita en nosotros" (Rom 8,11). "Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder" (I Cor 6,14; 15,12-22).

Al Resucitado se le llama también "el Glorificado", lo que quiere indicar que está en la gloria, en el cielo, la morada de la Divinidad, o "el Ascendido", debido a la concepción cósmica de que el cielo está allí arriba en lo alto, más allá de las nubes y de las estrellas.

El misterio pascual constituye la salvación para todos los hombres y mujeres del mundo. Jesucristo "fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación" (Rom 4,25).

EL AMEN

Amén es una palabra hebrea derivado de la raíz mn que significa seguridad, firmeza, confianza, fidelidad.

Jesucristo es el amén (Ap 3,14), es decir, el fiel, el leal, el lleno de firmeza y de seguridad, siempre el mismo; el amén hecho persona, el testigo veraz (Ap 22,20).

Las promesas de Dios se cumplieron en Jesucristo: "Por eso cuando glorificamos a Dios, decimos "Amén" por Jesucristo" (2 Cor 1,20). Jesucristo es el amén de Dios, el realizador del designio eterno de Dios, el cumplidor fiel de la voluntad del Padre. Ante el Padre y ante los hombres nunca fue "sí" y "no"; fue siempre "sí", fue siempre "amén" (2 Cor 1,19).

Sus palabras están llenas de verdad. Y para que sus oyentes se percaten de que eso es así, comienza sus declaraciones con un "amén" que en el IV evangelio se repite: "Amen, amen, dico vobis,..": en verdad, en verdad os digo" (Jn 1,51;5,19). Pero Jesucristo no sólo dice verdad, es la verdad misma, la verdad de Dios (Ap 3114).

El cristiano nunca es "no" y siempre es "sí". En el diccionario evangélico, el adverbio de negación, el "no" del egoísmo, de la mentira, de la insolidaridad, no existe. Existe sólo el "sí", el "sí" de la verdad, de la sinceridad, de la autenticidad y de la disponibilidad.

EL MAESTRO

Las escuelas rabínicas

Al hebreo "*Rabbi*" (eminencia) corresponde el griego "*didáskalos*" (maestro). Al Rabbi se le llamaba también "*hakan*" (sabio) y al discípulo "*talmid*" (aprendiz). Las escuelas rabínicas se llamaban "casas" (Si 51,23): Casa de Sammai, casa de Hillel, etc. El alumno tenía que aprender de memoria, no sólo la ley escrita y la ley oral, sino también las mismas interpretaciones del rabino, con el que intentaban identificarse imitándole en todo lo que hacía. Se practicaba una cultura de memoración, repitiendo el texto las veces que hiciera falta, incluso cantando. El discípulo escuchaba, tomaba notas, preguntaba, hacía reflexiones. No podía leer directamente la Sagrada Escritura, sin antes haber recibido del rabino las introducciones oportunas. Cuando adquiría el conocimiento perfecto de la ley escrita y de la ley oral, recibía la investidura de rabino y podía abrir una escuela.

Jesucristo proclamado rabino

A Jesucristo le llama "maestro" (rabino) todo el mundo: Los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, los amigos, Pedro, Judas, Natanael, Nicodemo, la Magdalena, Marta. Jesucristo acepta de buen grado este título, le gusta que le llamen "maestro": "Me llamáis maestro y hacéis bien, pues lo soy" (Jn 13,13). Se presentó y ejerció como maestro (Mt 26,18; 23, 8) y con más sabiduría que los rabinos: "Jesús fue a la sinagoga y se puso a enseñar. Todos se maravillaban de su doctrina, porque les enseñaba como el que tiene autoridad y no como los maestros de la ley" (Mc 1,21-22). Aparece siempre

rodeado de discípulos que le llaman maestro (Jn 1,38.49; 11,8). Las gentes se preguntaban: ¿Cómo sabe tanto sin haber estudiado?" (Jn 7,15). Hasta su paisanos estaban extrañados: "De donde le viene a este tanta sabiduría?" (Mt 13,54).

Aparte de ser un autodidacta y de haber asistido a la escuela que con toda probabilidad había junto a la sinagoga de su pueblo, se educó y se instruyó en la mejor escuela: Dios, su Padre, fue su maestro, el único maestro: "Vosotros no os dejéis llamar maestros, porque uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos" (Mt 23,8). Jesucristo se identifica plenamente con este maestro único y supremo. Hace todo lo que hace el Padre (Jn 5,19), lo que le ha dicho que haga (5,36), enseña lo que le ha enseñado (8,28), dice lo que ha visto junto a él (8,38) y lo que le ha oído a él (15,15). No dice nada por su propia cuenta (12,49). Es tal la identidad que hay entre el discípulo y el maestro que, el que ve al discípulo, está viendo al maestro (14,9). Las gentes reconocen que ha sido investido por Dios como maestro (Jn 3,2), mejor dicho, como "el Maestro": "Uno solo es vuestro maestro, Jesucristo" (Mt 23,10).

Peculiaridades del rabino Jesús

Jesucristo es un rabino singular. Elige a sus discípulos, no sus discípulos a él como ocurría en las escuelas rabínicas. Sienta cátedra de rabino, pero una cátedra itinerante: "Iba recorriendo pueblos y aldeas enseñando" (Lc 13,22). Enseñaba en todas partes: en las sinagogas (Lc 4,15), en los calles y en las plazas (Mc 4,1), en el campo (Mt 5,1-), en la explanada del templo (Jn 7,14), en su propia casa (Jn 3,1-15), a la orilla del lago (Lc 5,3). Enseñaba aparte a sus discípulos entre los que se encuentran especialmente los doce (Mc 4,34). Enseñaba a

todos los que le seguían (Mt 4,25), entre los que estaban preferentemente los ignorantes, los marginados, los pobres y los pecadores. Enseñaba también a las mujeres; un grupo de ellas le seguía y eran tan discípulas como los doce; entre ellas hay que destacar a Salomé, a Marta, María, la Samaritana y la Magdalena. Esto era algo inaudito, sorprendente y hasta escandaloso. Rabbí Eliecer decía: "prefiero que ardieran las palabras de la Torá antes que contárselas a una mujer". Estuvo siempre muy cercano, siempre al lado del pueblo, con las masas: iba en su busca, como hay que evangelizar siempre. En esto y en otras muchas cosas fue un revolucionario.

Fue un gran pedagogo, comenzó enseñando con el ejemplo: "Aprended de mí" (Mt 11,29). Primero "hizo" y luego "enseñó" (He 10,38). "Pasó haciendo el bien" (He 10,38). Sus métodos pedagógicos eran muy sencillos. Utilizó los proverbios, las parábolas, las acciones simbólicas, la hipérbole (Mt 5,29-30), las paradojas (Lc 6,20-23), la ironía (Mc 2,17), el juego de palabras (Mt 16,18), el humor (Mt 7,3-5), el dilema (Jn 8,7). Discute con los dirigentes y de manera especial con los saduceos (Mt 22,23-33). Tuvo como libro de texto, al que recurre constantemente, las Sagradas Escrituras. Fue muy respetuoso con sus discípulos. Exponía, pero nunca imponía su doctrina.

El pequeño grupo de discípulos, no lo escogió de las clases altas de la sociedad, sacerdotales o dirigentes del pueblo, de la nobleza o de los instruidos, sino de entre los irrelevantes e incluso de los pecadores públicos (Mc 1,16-20; 2,13-14; Mt 9,9-13); les exige, desde el primer momento, que lo dejen todo y que le sigan (Mc 8,34; 10,17-21; Lc 9,57-62). Estos discípulos estaban llamados a aprender y a enseñar, cosa que el evangelio lo expresa con el verbo griego "*manzano*" que, en

sentido activo significa "enseñar" y, en sentido pasivo "aprender": hacer discípulos y ser discípulos. Todo lo que de él aprenden, lo tienen, a su vez que enseñar: "Id y haced discípulos míos en todos los pueblos..., enseñándoles todo lo que yo os he mandado" (Mt 18,19-20; Mc 6,6-13; Lc 10,1-16).

Jesucristo enseñó a sus discípulos para que ellos, a su vez, enseñaran. La enseñanza es el primero de los ministerios referidos en el libro de los Hechos (He 2,42; 5,42) y en las cartas paulinas se cita entre los primeros: "En primer lugar los apóstoles, en segundo lugar los profetas, en tercer lugar los maestros" (I Cor 12,28; Ef 4,11).

Qué enseñó Jesucristo?

Enseñó una doctrina nueva, centrada en el reino de Dios que él vino a establecer en la tierra: el reino de la libertad, de la igualdad, de la justicia, de la paz y del amor. Formuló los principios por los que han de regirse los ciudadanos del reino. La ley constituyente del reino es la ley del amor. Todo el ordenamiento cristiano, el conjunto de leyes, normas y preceptos que integran la doctrina cristiana, constituyen el desarrollo de esa ley, la de más alto rango, la del amor. Como resumen de su doctrina, proclamó el amor a Dios y el amor al prójimo indisolublemente unidos. El amor a Dios, sin el amor al prójimo, es una mentira y el amor al prójimo, sin el amor a Dios, no es el amor cristiano.

He aquí algunas de esas enseñanzas, que se refieren a nuestro comportamiento con Dios, con los demás y con nosotros mismos:

1º) Para con Dios

Esta es la utopía evangélica: "*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*" (Mt 5,48)

El arrepentimiento: "Arrepentíos, porque está cerca el reino de Dios" (Mt 3,2) "Arrepentíos y creed en el evangelio" (Mc 1,15). "Arrepentíos cada uno de vuestros pecados" (He 3,26).

El arrepentimiento es el padre de la conversión, del cambio rotundo y decidido que hay que dar de una vez para siempre en nuestra vida. El arrepentimiento está regado con las lágrimas del alma y produce el consuelo de sentirse perdonado.

La confianza en Dios: "Confiad, yo he vencido al mundo" (Jn 16.,33). "No os preocupéis por vuestra vida, que comeréis o qué vestiréis..., mirad las aves del cielo ... " (Mt 6,25-56). "El Señor es de fiar" (2 Tea 31,1)

Hay que abandonarse en los brazos de Dios, como el niño en el regazo de su madre. Dejarse llevar por Él y ver en todo lo que nos ocurra su presencia amorosa y providente. Las seguridades absolutas sólo en Él podemos encontrarlas.

La esperanza: "Jesucristo es la esperanza de la gloria que esperamos" (Col 1,27). "Nuestra patria está en el cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo (Flp.3,20). "El que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo como él es puro" (1 Jn 3,3).

El principio esperanza da razón del mundo nuevo que tiene que llegar, el mundo de la justicia y del amor. Esperar contra toda esperanza. Porque ese mundo llegará, pues para eso Jesús murió en la cruz. Al final nos encontraremos a Él esperando nuestra llegada con los brazos abiertos.

La fe: "Tu fe te ha salvado" (Mt 9,22). "Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe" (1 Jn 5,4). "Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros" (1 Jn 3,23).

Un hombre, una mujer con fe es un ser feliz. Sin fe la vida está clausurada en un espacio sin horizontes, pero con fe la vida se abre al infinito. No todo acaba aquí, al contrario, cuando acaba el "aquí", efímero y caduco, lleno de miserias, comienza el "allí" imperecedero y eterno, lleno de una felicidad sin fin.

La oración: "Orad para que no entréis en tentación" (Mt 26,41). "Cuando oréis no os convirtáis en charlatanes... Orad así: Padre nuestro..." (Mt 6,7-9). "Orad sin cesar bajo la guía del Espíritu con toda clase de oraciones y súplicas" (Ef 6,18).

Lo que el aire es para el cuerpo, es la oración para el alma. Sin la oración, el alma está muerta. Hay que orar sin cesar, hacer de la vida una oración constante y diluida que nos hace estar en continua presencia del Señor.

La vigilancia: "Velad, estad alerta, porque no sabéis el día ni la hora" (Mt 25,13). "Lo que os digo a vosotros, se lo digo a todos: Velad" (Mc 13,37). "Estemos alerta y seamos sobrios" (I Tes 5,6).

La muerte es la gran verdad, pero no sabemos ni cuándo, ni cómo, ni dónde acaecerá: Por eso hay que estar en vigilante espera, siempre preparados, con la mano en la aldaba para abrir al instante al Señor, cuando llame a nuestra puerta.

2º) Para con los demás

Esta es la meta del cristiano: *"Amaos los unos a los otros*

como yo os he amado" (Jn 15,12)

La amistad: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos". "Os he llamado amigos porque os he dado a conocer todas las cosas que he oído a mi Padre" (Jn 15,15). Jesucristo practicó y fomentó la amistad. Aparte de los doce, fue amigo de Marta, de María y de Lázaro (Jn 11,5), de Pedro, de Juan y de Santiago (Lc 9,28), del discípulo preferido (Jn 13,23), de la Magdalena (Jn 20,11-18), de los publicanos y de los pecadores (Mt 11,19).

Todos necesitamos un amigo, con quien poder pensar en voz alta. Un amigo es un tesoro, la mitad de uno mismo. Una persona sin amigos es una persona a medias.

El amor: "Os doy un mandamiento nuevo; que os améis unos a otros. Que como yo os he amado, así también os améis unos a otros. En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros" (Jn 13,34-34) "Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen" (Mt 5,44).

El corazón del cristianismo es el amor. Sin amor todas las cosas se reducen a la nada. El ser humano ha sido creado para amar y para ser amado. Un vivir sin amor es un no vivir.

La evangelización: "Id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda criatura" (Mc 16,15). "Los apóstoles iban por todas partes anunciando el evangelio" (He 8,4). "¡Ay de mí si no evangelizare!" (1 Cor 9,16).

La evangelización es esencial a la Iglesia, "La Iglesia existe para evangelizar" (EN 14). Limitarse a mantener la religiosidad conseguida de los cristianos practicantes, sin ejercer una función misionera con los alejados, no es evangelizar. La evangelización no es sólo cosa de los dirigentes de la Iglesia y de los misioneros, es cosa de todos los cristianos.

La hospitalidad: "Fui emigrante y me acogisteis" (Mt 25,35). "Practicad la hospitalidad unos con otros" (I Pe 4,9) "No os olvidéis de la hospitalidad, ya que, gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles" (Heb 13,2).

Hay que tener la puerta siempre abierta para dar cobijo a cuantos quieran entrar en nuestra casa. Y el corazón abierto para hospedar en él a todos los huérfanos de amor, a cuantos sufren la incomprensión, el desamor, y el desconsuelo. Darse por entero a todos. Practicar de verdad, y no sólo de palabra, la solidaridad.

La igualdad: "Sabemos que no haces acepción de personas" (Lc 20,21). "Se trata de que haya igualdad para todos" (2 Cor 8,14). "Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, pues todos sois iguales en Cristo" (Gal,,3,28).

Dios nos ha echado a todos el mismo rasero. Ante él todos somos iguales, sujetos de los mismos derechos y deberes. El que se cree y se hace superior a los demás es un fatuo engreído insoportable.

La justicia: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia" (Mt 6,33). "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia" (Mt 5,6). "El fruto de la justicia se siembra en la paz" (Sant 3,18).

Sin justicia social, la convivencia pacífica se hace imposible. La riqueza diferenciante es un pecado público que impide la paz, porque es siempre producto de la injusticia, una apropiación indebida de lo que no le pertenece. Lo que a nosotros nos sobra no es nuestro, es de los pobres.

La limosna: "Da al que te pida y no vuelvas la espalda al que quiere que le prestes algo" (Mt 5,42). "Vende lo que tienes y dáselo a los pobres" (Lc 11,4-1). "Cuando des limosna, que no

sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha" (Mt 6,3).

Todo es de Dios y todo es de todos, pues todos somos hijos suyos. Todo debe ser común en la familia humana, sin distinción y discriminación alguna. La comunicación de bienes y la acción caritativa son dos principios básicos del cristianismo, de los que nunca se puede prescindir.

La Paz: "Bienaventurados los que trabajan por la Paz" (Mt 5,9). "La paz os dejo, mi paz os doy" (Jn 14,27). "Cuando entréis en una casa, lo primero decid: paz a esta casa" (Lc 10,5).

Paz con uno mismo, aprender a convivir con los propias flaquezas. Paz en el hogar, con los miembros de la propia familia. Acabar con las pequeñas y estúpidas peleas domésticas. Paz con los vecinos, con los paisanos, con todos. La paz es un don de Jesucristo que hay que cuidar e implantar en el mundo entero.

El perdón: "Hay que perdonar setenta veces siete" es decir, siempre. (Mt 18,21-22). "Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden" (Mt 6,12). "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre perdonará las vuestras" (Mt 6,15).

Hay que perdonar siempre, todo y a todos. Perdonar las deudas, las ofensas, los ultrajes y los desprecios, vengan de donde vengan. Perdonar y olvidar, pues perdonar sin olvidar no es perdonar o perdonar a medias, y esto no es cristiano.

El servicio: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir" (Mt 20,28). "Servíos los unos a los otros por amor" (Gel 5,13). "Que cada uno se ponga al servicio de los demás" (I Pe 4,10).

Un cristiano es un expropiado para utilidad pública. En la Iglesia, el primero de todos es el servidor de todos. Los dirigentes de la Iglesia no son señores de nada ni de nadie, sino servidores de todo y de todos, no están para mandar, sino para ser mandados, para servir a los demás en lo que ellos quieran y deban ser servidos. Una Iglesia, que no sea servicio, no es Iglesia.

La unidad: "Que todos sean una sola cosa, como tú, Padre, estás en mí y yo en tí; que también ellos sean una misma cosa en nosotros" (Jn 17,21). "Estad perfectamente unidos en el pensar y en el sentir" (I Cor 1,10). "Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común" (He 2,44).

Todos los hombres y mujeres del mundo formamos el cuerpo místico de Cristo, en el que todos los miembros deben estar perfectamente conjuntados. Cada uno tiene su misión, pero todos deben permanecer unidos, pues todos se necesitan mutuamente. Los miembros más débiles son incluso los más necesarios. Si se rompe la unidad, el cuerpo se destroza, la Iglesia se desgarrar, la comunidad no existe.

3º) Para con nosotros mismos

Este es el modo de llevar la vida: "*No tengais miedo*" (Mt 14,27)

La alegría: "Digo estas cosas para que tengan la plenitud de la alegría" (Jn 11,13), "Vuestro corazón se alegrará y nadie os quitará ya vuestra alegría" (Jn 16,22). "Estad alegres" (Tes 5,16).

Un cristiano tiene muchas razones para estar alegre. Se siente redimido por Cristo, sabe que Dios es su Padre y que es

heredero del cielo. Por tanto, no puede dejarse llevar por la tristeza.

La cruz: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt-16,24). " Si sufrimos con él, también reinaremos con él" (2 Tim 2,12). "Padecemos con él para ser también glorificados con él" (Rom 8,17).

Para un cristiano no hay gloria mayor que vivir y morir con la manos clavadas al madero, pidiendo a Dios la fuerza para abrazarse al insondable misterio del dolor. Sabe que por la cruz del sufrimiento se va a la luz de la gloria.

La humildad: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). "El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado" (Lc 18,14). "Dios se enfrenta a los soberbios, pero da su gracia a los humildes" (2 Pe 5,5).

Estar en la humildad es andar en verdad. Tener clara conciencia de lo que uno es. Sentirse pecador, sentirse nada ante Aquel que lo es todo. Como el pobre publicano de la parábola y nunca como el soberbio fariseo.

La libertad: "Jesucristo ha venido a liberar a todos los oprimidos" (Lc 4.18). "Si el Hijo os libera, seréis de veras libres" (Jn 8,36). "Jesucristo nos ha liberado para que seamos libres" (Gal 5,1).

Después del derecho a la vida, el primer derecho humano es el derecho a ser libre. Un derecho sagrado que Dios siempre respeta y que nadie puede arrebatárnoslo. El hombre sin libertad, ha dejado a de ser hombre, es un ser infrahumano. Para rescatar la libertad perdida, hay que exponerlo todo o casi todo.

La pobreza: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro

es el reino" (Lc 6,20). "Qué difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos!" (Mt 19,23). "El amor al dinero es la raíz de todos los males" (1 Tim 6,10).

La Iglesia de Jesucristo es una Iglesia pobre, de los pobres y para los pobres. Sin la opción por los pobres, será lo que sea, pero nunca la Iglesia de Jesucristo. Jesucristo vino a evangelizar a los pobres. La evangelización cristiana, la nueva y la vieja, la de siempre, no puede ser otra que la evangelización de los pobres. Evangelizarlos y dejarse evangelizar por ellos.

El trabajo: "Mi Padre no deja de trabajar y yo también trabajo" (Jn 5,17) "Ocupaos en vuestros quehaceres, trabajando con vuestras manos" (1 Te 4,11). "El que no trabaje que no coma" (2 Tes 3,10).

La ley del trabajo obliga a todos por igual. De ella sólo están excluidos los niños, los ancianos y los discapacitados. Todo el mundo debe ganarse de comer con el sudor de su frente. Nadie puede ser un parásito, ni montarse un pseudo-trabajo para vivir del cuento y a costa de los demás.

La verdad: "La verdad os hará libres" (Jn 8,32). "El que practica la verdad va a luz" (Jn 3,21). "Padre conságralos en la verdad" (Jn 17,17). Jesucristo "está lleno de verdad" (Jn 1,14) y "dice la verdad" (Jn 8,45), mientras que "el diablo es mentiroso y el padre de la mentira" (Jn 8,44).

Un cristiano es un hijo de la Verdad, está consagrado en la Verdad, es verdad y siempre dice la verdad. Si dice "sí" es que es "sí"; y si dice "no", es que es "no". Un ser mentiroso es un ser repugnante

Índice	Pág.
PRESENTACIÓN	5
EL HIJO DE MARÍA	7
EL HIJO DE DAVID	10
EL MESÍAS	11
EL REY	17
EL PROFETA	21
EL HIJO DE DIOS	25
EL SALVADOR	29
EL REDENTOR	33
EL UNIGÉNITO	37
EL ENMANUEL	39
EL "YO SOY"	41
EL HIJO DEL HOMBRE	45
EL SEÑOR	49
LA PALABRA	51
EL NOMBRE	53

LA SABIDURÍA	57
EL SIERVO	59
EL CORDERO	65
EL SACERDOTE	69
EL PAN DE VIDA	73
EL SANTO	77
EL PRÍNCIPE DE LA PAZ	79
EL ESPOSO	81
EL NUEVO TEMPLO	83
EL RESUCITADO	85
EL AMÉN	87
EL MAESTRO	88

